

NÚM. 9

MADRID I.º DE MAYO DE 1913

AÑO I

LA PALABRA



REVISTA TAQUIGRÁFICA DE CONFERENCIAS CIENTÍFICAS Y LITERARIAS

EXPLICADAS EN EL

ATENEO DE MADRID

Y EN TODOS LOS CENTROS ESPAÑOLES DE CULTURA

Director propietario: DON JOSÉ ALISEDO

TAQUIGRAFO DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS



D. Antonio Dubois.



D.ª Carmen Karr.



D. Victoriano G. Martí.

SUMARIO LA ACEPTACION DE LA VIDA, por D. Victoriano García Martí.
CULTURA FEMENINA, por D.ª Carmen Karr.
ORIENTACIONES POLITICAS, por D. Antonio Dubois.

CONFERENCIAS PUBLICADAS POR ESTA REVISTA

- «José Bonaparte», por D. Segismundo Moret.
«España en la Poesía del Perú», por doña Aurora Cáceres (Evangelina).
«Pereza y pesimismo, factores de la disolución de España», por D. Francisco Cambó.
«Las ideas sindicalistas», por D. Vicente Gay.
«El poeta de la raza», por D. Cristóbal de Castro.
«La huelga bajo su aspecto jurídico», por D. Segismundo Moret.
«La agitación obrera en Europa», por D. Tomás Elorrieta.
«Informes ante el Tribunal Supremo», por D. Melquiades Alvarez y don Juan de la Cierva.
«La reforma tributaria del partido liberal inglés», por D. Baldomero Argente.
«La cultura en la República Argentina», por D. Luis Méndez Calzada.
«Revisión de la Historia Colonial de España», por D. Vicente Gay y don Amalio Gimeno.
«El movimiento obrero en España», por D. Juan José Morato.
«El arte de la educación», por D. Rafael Torromé.
«Los degenerados ante la ley», por D. Tomás Maestre.
«Cultura femenina», por doña Carmen Karr.
«La aceptación de la vida», por D. Victoriano García Martí.
«Orientaciones políticas», por D. Francisco Rivera Pastor.
«Orientaciones políticas», por D. Antonio Dubois.

CONFERENCIAS CUYA PUBLICACIÓN PREPARAMOS

- «Algunos métodos de Enseñanza técnica, comercial y profesional», por D. Ricardo Aznar.
«Defensa del impuesto único», por D. Eduardo Ugarte.
«Política pedagógica», por D. Juan Comorera.
«La ciudad Encantada», por D. Odón de Buen.
«La autenticidad de los Evangelios», por D. Rafael Comenge.
Discusión en la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid sobre la Memoria del Sr. Rivera Pastor, «Orientaciones políticas».
«El Marqués de Santillana y su tiempo», por D. Enrique de Mesa.
«El cristianismo en las Catacumbas», por D. Rafael Comenge.
«La huelga general como arma de reivindicaciones políticas y económicas», por D. Mariano García Cortés.
«El sindicalismo católico», por D. Luis Hernando y Larramendi.
«La cultura como elemento de evolución y revolución social», por don Rafael Torromé.
«El nuevo liberalismo inglés», por D. Tomás Elorrieta.
«Liga Cervantina y su acción en África», por D. Baldomero Vila Prades.
Conferencias literarias y cursos breves de arte, organizadas por el Ministerio de Instrucción pública en el Ateneo de Madrid.
Con la publicación de todos estos trabajos, intercalaremos la de aquellas conferencias más notables que vayan pronunciándose.

LA PALABRA

REVISTA TAQUIGRÁFICA DE CONFERENCIAS CIENTÍFICAS
Y LITERARIAS EXPLICADAS EN EL ATENEO DE MADRID Y EN
TODOS LOS CENTROS ESPAÑOLES DE CULTURA

Conferencia del Ateneo de Madrid.

LA ACEPTACIÓN DE LA VIDA (1)

POR

D. Victoriano García Martí

SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando hace algún tiempo tuve la honra de ocupar por primera vez esta tribuna, decía como palabras preliminares á mi discurso de entonces, y ahora habré de repetir las, que no vengo á este puesto de honor por mi autoridad ni por mis méritos: vengo modestamente á solicitar el concurso y la atención de vuestro espíritu refinado sobre problema que juzgo del más alto interés.

Inclinado por una modalidad de mi espíritu al recogimiento, á la vida interior, esta tendencia mía ha ido fortificándose, vigorizándose en el desenvolvimiento de mi vida por una serie de circunstancias que, si no tienen valor alguno objetivo, lo tienen muy grande con relación á mi sensibilidad. En un principio creía yo que estos temas, verdaderamente líricos, que no trascienden de la esfera subjetiva, no tenían importancia para la generalidad de las gentes; pero en reciente y prolongado viaje por el extranjero he podido advertir que hoy interesan á la conciencia colectiva de los pueblos más adelantados.

(1) El Sr. García Martí, autor del *Mundo Interior*, traducido ya á diversos idiomas, y cuya acogida en el extranjero ha sido tan grande ó mayor que en España, reanuda ahora sus trabajos de Filosofía poética—después de residir un año en Francia y Bélgica dedicado á investigaciones sociológicas por las cuales obtuvo el diploma de *l'Ecole des Hautes études sociales*, de París,—dando en el Ateneo de Madrid, como anuncio de las ideas que expondrá en su próxima publicación, esta conferencia que hemos recogido taquígraficamente con el asentimiento del autor.



R.19256

Ya sé que la conciencia colectiva española no está todavía preparada para ocuparse en estos temas que conceptúo básicos: entretenidos en cuestiones periféricas que afectan á las circunstancias externas de nuestra organización social, no hemos planteado estos problemas, que, en mi sentir, son realmente fundamentales. Pero no me dirijo en este momento al gran público, sino á esta comunidad intelectual, seguro, en primer término, del interés que en vosotros despertará este linaje de asuntos, y en segundo lugar, de la benevolencia con que habéis de acoger la exposición que haga de estas materias. En este orden de asuntos espirituales ningún problema me ha parecido de tanta importancia como el que concibo y planteo en los términos de "la aceptación de la vida". ¿Es que hay un problema de la aceptación de la vida? En mi sentir, sí; y para vislumbrarle no se necesita llegar á las cumbres luminosas de la conciencia, porque ya tiene gran vitalidad en el mismo seno sombrío de lo inconsciente, y siempre en términos apremiantes ha exigido una solución. Lo prueba el hecho de que los pueblos más primitivos, hasta los salvajes, han buscado esas soluciones en los dominios idealistas de la Filosofía, de la poesía ó de la religión para que les sirvieran de estímulo en la dura empresa de vivir. Claro es que no bastaron, no satisficieron las ansias del espíritu inquieto y curioso de nuestros tiempos. Por eso este espíritu verdaderamente refinado y desenvuelto no se ha contentado con analizar las soluciones propuestas por la Historia, y ha rechazado aun las que más prestigio alcanzaron, aun las que más eficacia tuvieron, y después de buscar febrilmente una nueva fuerza que hiciera soportable la vida en el más alto grado de la conciencia, con todas sus amarguras y dificultades, ha caído en el desaliento, en el desmayo, en una crisis de verdadero desfallecimiento, generando esas teorías morbosas donde vibra el temor á la vida, como la esterilidad, el suicidio, etc.

¿Y qué circunstancias habrán podido determinar la gravedad, la nota trágica, con que actualmente se nos presenta el problema de la aceptación de la vida? Á mi juicio, el carácter eminentemente externo de nuestra civilización, la excesiva división del trabajo, que nos lleva á extremar las especialidades, las ansias económicas, que nos obligan á aceptar puestos que no están en armonía con nuestras aptitudes fundamentales, dando lugar á que en el ejercicio de las funciones sociales procuremos alejar al espíritu para no dejar en la función social más que el molde exterior, la armadura, el aparato mecánico de la repetición y del hábito. La falta de espíritu es lo que determina la crisis y plantea el problema. Esta falta consiste en el fondo en no entendernos; y no nos entendemos porque, deshechos los ídolos, en crisis todo ideal, ausente el hombre, no queda en nuestra civilización más que las fuerzas exteriores que la integran en una obra puramente mecánica.

Por consiguiente, hoy el problema se plantea con más vigor que nunca, porque á medida que se pusieron á tiro de la conciencia, han ido destruyéndose los estímulos de nuestro obrar, y hemos visto caer al golpe del análisis las formas vacías de nuestra acción.

Si, como vamos viendo, el problema consiste en que de un lado la civilización nos atrae, despierta nuestras actividades para hacerlas cada día más externas, más sociales, llevándonos más y más lejos de nosotros, y por otro sentimos el vértigo de ese movimiento, la ausencia del espíritu, para mí no hay más que tres soluciones posibles: una, la primera, dejarnos seducir por el vértigo de ese movimiento externo, mecánico, de la civilización y del orden social, no pensando en nosotros, entregándonos atados de pies y manos, como el cadáver que arrastra la corriente de un río. La segunda solución sería detenernos en la marcha, volvernos á la luz del espíritu para recibir su influencia, y vivir en comunicación con esta fuente prodigiosa y sagrada de nuestra vida, en una especie de éxtasis místico. La tercera, la única posible, la más fecunda, sería aceptar la actividad social externa; pero á condición de vivificarla constantemente, á toda hora, con la fuerza del espíritu, para que pudieran desaparecer las jerarquías sociales y se aceptara con orgullo el último puesto como la más alta magistratura. Si la primera de estas soluciones fuera la propia de los mercaderes, la segunda sería la de los místicos, y únicamente la tercera sería digna de los hombres.

En último resultado, todas las doctrinas que se presentaron como regeneradoras en el curso de la Historia no fueron otra cosa que un ansia del espíritu; y errados anduvieron quienes han creído que la solución del problema social podría ser una posibilidad económica, cuando en el fondo este problema no supone otra cosa que un deseo íntimo y hondo del retorno del alma al mundo. Esta vida del espíritu es el privilegio de los hombres; pero como además la vida es mecanismo, inercia; como la fuerza creadora lleva consigo una resistencia, una fuerza estática de resistencia, claro es que llegar á la vida del espíritu cuesta esfuerzos, y mantenerse en ella obliga á grandes sacrificios.

He dicho en esta primera parte de mi tesis que hay una expansión, un deseo en nuestra vida, una tendencia á manifestar esta fuerza sagrada del espíritu, y que de otro lado hay una resistencia, hoy robustecida por el carácter eminentemente externo, mecánico, de nuestra civilización.

“El mal.”

Y bien; ¿qué es esta resistencia? Esta resistencia se denomina *el mal*. Voy á dar un concepto provisorio del mal. Todo lo que digo es

provisorio, porque entra en la naturaleza de mis trabajos y en mi propia naturaleza excluir todos los dogmatismos.

Para mí, el mal es todo lo que se opone al desenvolvimiento de la conducta fundamental de un ser. El mal será en nuestra vida lo que se oponga á la dirección fundamental de ella misma. ¿Qué criterio adoptaremos para saber en qué consiste esta dirección fundamental de nuestra vida? ¿Un criterio extraído del orden subjetivo? Esto nos haría correr el riesgo de tocar en el egoísmo, que es el fondo de nuestra animalidad. ¿Un criterio extraído del orden objetivo? Correríamos el peligro de toda Filosofía al buscar fuera de nosotros una expresión independiente, con apoyos independientes de nuestra persona. Pero tenemos un dato para saber que hay una dirección fundamental en nuestra vida, y es nuestra propia experiencia. Mediante nuestra experiencia podemos saber que por encima de todos los desvíos, de todas las incidencias, de todas las variantes, hay una dirección en nuestra vida. Luego todo lo que se oponga á esa dirección fundamental que nos muestra la experiencia será realmente el mal.

Si tenemos como términos conocidos, primero, que hay una tendencia esencial en todo nuestro obrar, y segundo, que cuanto se opone á ella es considerado como mal, podemos apurar más los términos para averiguar qué es lo que se opone de un lado y qué nos impele del otro. ¿Qué es nuestro obrar, y qué se opone á nuestro obrar? Nuestro obrar es ante todo libertad, ó, si queréis, tendencia, aspiración á la libertad. Observad cómo la actividad refleja del animal es una reacción, y como, en cambio, la del hombre va precedida de una indeterminación. Es decir, que la característica de nuestra conducta es una tendencia á eliminar la pura necesidad. De suerte que nuestras acciones son el medio de expresar la potencia de un factor contrario á la necesidad; y como la necesidad es la expresión de la materia, ese factor contrario que en nosotros reside y se expresa por la acción humana es lo opuesto á la materia; es decir, es el espíritu.

Nuestro obrar es, pues, tendencia á la libertad y al espíritu.

¿Qué es lo que se opone á nuestro obrar? La pura necesidad, la materia, las resistencias del orden externo que encontramos cuando pretendemos el desenvolvimiento de este sentido de liberación de nuestra vida. Tenemos, pues, de un lado una afirmación, una aspiración; tenemos de otro lado la dificultad. Esto, y nada más que esto, es el hombre; pero aspiración en primer término, porque en ese orden serial de grados ó matices de la aspiración el hombre representa la máxima jerarquía, porque representa el ser que ha conquistado más grados con relación á los que le preceden, no sé si en la escala cronológica ó lógica — yo diría lógica; — y estos grados que el hombre ha conquistado en el sentido de su liberación son los que llamamos la libertad, que por no ser

todavía el deseo realizado, sino una tendencia á realizarse, da lugar á tantas discusiones.

El hombre no es, en suma, más que un deseo. ¿Por qué no triunfa este deseo? Justamente, por las resistencias del orden externo, por eso que representa la materia, la pura necesidad.

Después de exponer este concepto del mal debo indicaros que en el orden de la organización puramente social los hombres diversifican sus actividades en mil incidencias, cauces y sendas en que pretenden finalidades accidentales y relativas, y en que pueden encontrarse con obstáculos para el desenvolvimiento de sus pretensiones; y claro está que esos obstáculos constituyen el concepto del mal social.

Pero ¿es que el mal social es realmente el mal? Acaso no lo sea en relación con la aspiración fundamental de la vida. Lo que desde luego tenemos como seguro es que el mal es algo que cae completamente fuera del sentido de afirmación, que es la característica del hombre.

Dos filósofos que han tenido influencia grande en la sociedad contemporánea, Schopenhauer y Nietzsche, han resuelto este problema desde distintos puntos de vista. Para Schopenhauer la solución está en la extinción de la voluntad; para Nietzsche, en la exaltación de la voluntad. Á mi juicio, los dos anduvieron equivocados en sus respectivas soluciones, porque la extinción de la voluntad es lo contrario de lo que pide el sentido de nuestra vida, y la exaltación de la voluntad desconoce los límites obligados en su desenvolvimiento.

Si de un lado existe el sentido de afirmación, de liberación, y de otro el sentido negativo del mal, ¿por qué, entonces, el hombre llega al mal, y por qué medios el mal llega al hombre? Por medio del dolor.

“El dolor.”

El dolor es para mí el aspecto subjetivo del mal; es la impresión que nos causan las resistencias que encontramos en el desenvolvimiento de nuestra tendencia liberatriz del espíritu. Claro es que si la vida lleva consigo el mal, nuestro vivir es un dolor. Sin embargo, ¿por qué hay gentes que no reconocen, que niegan esta concepción? Sencillamente, porque hay gentes que tangencian la vida. Además, el dolor puede tomarse en dos sentidos: en el sentido de la sensibilidad, como una fuerza dominante, y como una fuerza que puede y debe ser dominada.

No hablo ahora para los que tangencian la vida ni para los que toman el dolor en el sentido de sensibilidad ó fuerza dominante; hablo para los que se hallan colocados en el eje central de la vida y creen, como yo, que las grandes obras son expresión del esfuerzo que el hom-

bre hace venciendo la limitación, la resistencia, el mal, para realizar un mayor contenido espiritual.

Y con esto he terminado la exposición del problema.

Reconocido que existe esta gran lucha en el fondo de la naturaleza humana, veamos cómo los pueblos han resuelto en la Historia esta cuestión.

La Filosofía, la Religión y la Humanidad entera, prescindiendo de doctrinas filosóficas y religiosas, han dado soluciones distintas á este problema. Voy á examinar dos de ellas, las que juzgo más interesantes. Una, la resignación; otra, la moral.

“La resignación.”

La resignación, que además de una fuerza ó virtud filosófica es una virtud religiosa, es un medio pasivo de aceptar la vida, una actitud de pasividad frente al mal, frente á la limitación á la resistencia en que el mal consiste. No voy á detallar los diferentes matices que esta virtud ha tenido en las diferentes escuelas filosóficas desde los estoicos hasta las más modernas tendencias representadas por Tolstoi. Dejando para luego recusar este tipo de resignación filosófica, hablaré brevísimamente de la resignación religiosa, y especialmente de la que puede considerarse típica; de la cristiana.

En mi sentir, la resignación cristiana debe examinarse desde dos puntos de vista. Considerada desde adentro, la resignación cristiana no es tal resignación: salva el límite, la resistencia, el mal, con la concepción de una gloria, de una vida de afirmación ulterior; salva los males que se generan en la vida, no se conforma, no se resigna ante ellos, por medio de la penitencia, por medio, en fin, del arrepentimiento; ante la muerte tampoco se resigna: la conjura con la inmortalidad. Es decir, que la resignación cristiana, aunque parezca paradójico, es un caso de rebeldía, pues es la fuerza que nace de no conformarse con la limitación, con la resistencia que se encuentra en la vida, y así crea una vida fuera de ésta, una vida toda ella de afirmaciones.

Pero la misma resignación cristiana vista desde afuera ya no es lo mismo; porque, prescindiendo de esta concepción íntima, subjetiva, interna, del cristiano, para el resto de las gentes, para la mayoría de las gentes, lo mismo da que esa fuerza de pasividad proceda de esa concepción interior como que venga de otro origen distinto. El hecho es que el cristiano no lucha ni trata de ejercer su actividad en el sentido de conjurar el mal, de vencer la limitación y la resistencia dentro de la misma vida y de acuerdo con el sentido de la vida misma. Por eso á los dos

tipos de resignaciones á que he aludido se ha opuesto una sola objeción, que es ésta: los hombres no pueden marcar de antemano un límite á su actividad, al ejercicio de su acción; lo que quede de mal, lo que quede de defecto, será el residuo que reste después de haber luchado; pero previamente los hombres no pueden marcar un límite á su perfección. Además, en relación particularmente con la resignación cristiana, se ha dicho que no puede servir de estímulo, de fuerza, de solución para la totalidad de las gentes, por lo mismo que para los que no participan de esa comunión ó de esa fe no tiene eficacia esa fuerza, esa virtud.

Rechazada, por consiguiente, esta solución, vamos á entrar en el examen de la otra, que, prescindiendo de toda concepción filosófica ó religiosa, ha admitido la Humanidad entera como un estímulo, como una fuerza que hiciera soportables los sacrificios en la vida:

"La moral."

Debo comenzar por decir que, en mi concepto, los que sientan su vida plena de espíritu no necesitan los estímulos reflejos é indirectos de la moral. Por consiguiente, la moral tan sólo vendrá á ser necesaria para los que se entregan, que vivan sometidos á las fuerzas exteriores y mecánicas de nuestra organización social. La moral es, pues, para mí la reserva de espíritu que á los hombres interesa conservar detrás del telón de fondo en la escena de la vida práctica para los casos de desmayo ó desfallecimiento de los actores. La moral es una especie de apuntador. Este símil que hago de la moral tiene importancia, porque representa todo lo que aparece como fundamental en cualquier género ó sistema de moral.

Ved, si no, cómo está descubriendo ese origen oscuro de la moral, que no sabe de dónde procede, el imperativo categórico de Kant. Ved cómo el mismo Guyau, que ha pretendido construir un sistema de moral prescindiendo de este dominio supra-terrenal, se ha considerado impotente y ha recurrido al sistema de *hypothèses personnelles*. Y ved al mismo Durkheim, que se ha esforzado por traer la moral á ras de la tierra, por hacer una obra puramente social, y ha tenido que recurrir á una cosa tan vacía como el *l'esprit d'attachement au groupe*.

Todas éstas son categorías amplias que demuestran que la moral no es otra cosa que un conducto de aportación del espíritu al mundo desde una región ignota

Pero he dicho que la moral no sirve, que esos estímulos reflejos, indirectos, de la moral son insuficientes para quienes sientan su vida plena de espíritu; y debo aclarar un poco esta afirmación. En efecto;

como la mayoría de las gentes no van al espíritu, el espíritu viene á ellas en esta forma indirecta, que es la moral. Se advierte á los hombres que viven preocupados en la vida diaria de los negocios accidentales, de las actividades inmediatas: no podéis pasaros sin esta cantidad mínima de espíritu para vivificar vuestra conducta. Vemos, pues, cómo la moral es la menor cantidad posible de espíritu aplicado al obrar humano.

Para poner más claro mi pensamiento, voy á clasificar las acciones humanas en acciones de dos clases: acciones que miran al accidente y acciones que miran á la sustancia, ó sea acciones externas y acciones internas, acciones mecánicas y acciones libres. Pues bien; para las acciones externas, que miran al accidente, acciones mecánicas, para ésas está hecha la moral, con el único objeto de salvar en ese orden completamente accidental la integridad del espíritu. Pero sólo las obras que son expresión profunda de la Humanidad, lo íntimo de la Humanidad, sólo ésas son también expresión profunda de un gran concepto espiritual. Lo que pasa es que los hombres obran como hombres muy de tarde en tarde: la mayoría de las veces obran como comediantes; y así, las actividades del ingeniero, del abogado, del médico, de todos los papeles en el teatro de la representación social, son actividades en que el *hombre* no tiene nada que hacer; tiene papel nulo ó casi nulo. Claro que el *hombre* está siempre detrás; pero más ó menos lejos: insistiendo en mi símil de que la moral representa el papel del apuntador, diré que en algunos casos está tan lejos, que los cómicos no la oyen bien.

Pues de este examen resulta que la moral tampoco satisface nuestras ansias en punto á una mayor expansión de contenidos espirituales; porque el contenido espiritual de la moral que se encierra en esa fórmula que se llama el deber es recusable desde el punto de vista de la cantidad, porque es la mínima cantidad de espíritu, porque está hecha para todas las capacidades, aun las más rebeldes; y es recusable además desde el punto de vista de la calidad porque es una fórmula que indirectamente viene á actuar en forma de deber y de imposición, y no espontáneamente.

La moral es, por consiguiente, el único recuerdo de otro mundo que existe para la mayoría de las gentes; pero como es cosa hecha, como es cosa rígida, espíritu que se da en fórmulas á la manera de un específico, las gentes no tienen nada que hacer, y eso explica su sueño, su inercia, su pereza: en una palabra, todo ese sentido de hábito, de rutina, de mecánica, de repetición de la vida humana.

Rechazadas desde este punto de vista mío las dos soluciones más importantes propuestas al problema de la aceptación de la vida en el curso de la Historia, la resignación y la moral, sólo quedan por analizar algunas otras teorías verdaderamente morbosas y revolucionarias, que he de examinar muy someramente, y que han sido propuestas en esta

época de crisis y de desmayo en los tiempos actuales: hablo del supuesto *derecho al suicidio y de la esterilidad*.

El suicidio.

El suicidio ha sido examinado por distintas escuelas filosóficas. Todos los moralistas le han rechazado como solución al problema de la vida; pero hay filósofos modernos que le juzgan como solución para casos extremos. Es claro que no podemos admitir esa solución, porque supone el más absoluto y total desconocimiento del problema planteado.

Ante todo debo advertir que no es lo mismo extinguir la vida que extinguir la voluntad de vivir. Extinguir la voluntad de vivir es una solución mística; pero extinguir la vida es el desconocimiento del problema. Colocando al hombre, de la manera que le ven los partidarios de esa solución, entre el espíritu y el mal, el hombre no ve el espíritu, no ve la fuerza del espíritu que está tras él: sólo ve el mal; é inventariando lo que tiene y encontrándose con que sólo puede disponer de su vida, la extingue. En realidad esto acusa la falta de uno de los términos que fuera necesario presentar, si el problema ha de subsistir en toda su integridad: la falta de esa fuerza espiritual que acompaña al hombre.

Claro es que no hablo ahora de los suicidios por causas accidentales y externas: eso no me interesa; tanto más, cuanto que esa deficiencia externa y accidental origen del suicidio podría quedar compensada con la mayor presencia de espíritu, de esta fuerza sagrada que acompaña á toda la corriente de la vida.

La esterilidad.

La teoría de la esterilidad es otra consecuencia derivada del mismo principio que la anterior. No se trata de extinguir al hombre, sino el germen del hombre. Tampoco puede ser aceptable esta solución, porque, ni en mi concepto, el individuo humano tiene dos aspectos: el de hombre como ser consciente, y el de punto de parada de la vida, donde la vida remonta hasta las cumbres de la conciencia y vuelve á caer en las profundidades de la inconsciencia para seguir transmitiéndose. Por lo tanto, no puede hablarse de esterilidad consciente, que cae fuera de la acción del hombre como ser consciente, el procrear y transmitir la vida.

Tampoco aquí hablo de la esterilidad por causas accidentales, por motivos puramente externos. En este sentido yo mismo he defendido en una discusión habida en París el año pasado la esterilidad por causas accidentales; por ejemplo: la salud de la mujer.

Rechazadas, en fin, en términos generales las soluciones propuestas en la Historia y estas dos teorías verdaderamente morbosas que acabo de examinar, debo advertiros que, considerando detenidamente las cosas, me parece que la Humanidad no ha resuelto el problema de la vida ni por los estímulos de una Filosofía ni por la fuerza ó virtud extraída de una religión, sino por otro medio, que en mi concepto es el olvido.

El olvido.

La Humanidad ha olvidado que tenía el deber de vivir. Así, cayendo en las profundidades de la inconsciencia, cayendo en el sueño, en el sopor y en la inercia, es como ha resuelto el problema de la vida. Y es una cobardía el suicidio de quien no atreviéndose á llegar á la nada se ha quedado en algo por impotencia de serlo todo. Sobre este sopor, sobre esta inercia, sobre esta pasividad se levanta todo un edificio social. Excusado es decir que nuestro edificio social está desalquilado: hemos desahuciado á todos los inquilinos que la Historia ha propuesto, y hoy el problema consiste en traer, no una etiqueta, no un aspecto del ideal, sino el ideal entero; el espíritu.

Nuestra organización social es una organización hecha con el criterio de la cantidad, fundada y basada en la repetición y en el mecanismo. Por repetición se genera la ley de herencia, que no es otra cosa que la acumulación de expresiones externas, de expresiones accidentales y sin ningún valor, ó con valor pasajero. Por repetición se genera la opinión pública, que no es fuerza de espíritu, sino fuerza de masa; por repetición se generan todas las jerarquías sociales, y por repetición se desempeñan todas las funciones de la vida social. El Derecho, que debe ser una garantía de la libre emisión del espíritu, se convierte en una vil consagración de la pereza, y en vez de colocarse del lado de la acción dinámica de la vida, se ha colocado del lado de la fuerza estática, de la resistencia.

Pero hay algo peor que esto, y es que hoy se pretende constituir en ciencia algo que no debe pasar de los límites de una concepción filosófica ó artística, y justamente viene á consagrar el criterio de la organización social sobre la base de la cantidad: esta ciencia es la Sociología. Y como la ciencia de la Sociología no puede constituirse sino á base de repeticiones, ha sido preciso tomar como base la pereza, el mecanismo, para que esta ciencia pueda constituirse. Más aún; ha sido preciso desterrar la libertad humana, ha sido preciso someter y rebajar al hombre á la categoría de máquina para que pudiera constituirse esa ciencia y para darse el placer unos cuantos sociólogos de ver cómo el resto de los hombres siguen el camino por ellos previsto.

Si, pues, examinados todos los aspectos de nuestra organización social, en el Derecho no encontramos más que esta consagración de la pereza, en la política la consagración de fórmulas y en la moral una cantidad exigua de espíritu, no queda para los espíritus inquietos otra región donde poder internarse que el arte.

Hay que aspirar á que la vida de todo hombre sea una obra de arte. Considero posible que toda esta arquitectura social pesada, toda esta arquitectura social generada á base de repetición y de mecanismo, todas esas categorías sociales, toda esa opinión pública, que no demuestran otra cosa sino que el hombre no se ha liberado y que está dominado y sometido á la brutalidad, todo esto, señores, creo que, ahondando en este sentido, en esta tendencia de afirmación de la vida, puede, si no suprimirse por completo, si no extinguirse, por lo menos modificarse. ¿Cómo?

El deber de vivir.

Con el *deber de vivir*, imponiendo á todos los hombres el dolor, el esfuerzo y la inquietud de vivir; imponiendo á todos los hombres el sacrificio de luchar con el límite, con la resistencia, y encontrar en el desenvolvimiento de sus energías espirituales la fuerza necesaria para vencer el mal, para triunfar del mal.

Os decía al principio que son tres las soluciones que pueden darse al problema de la vida: ó dejarnos arrastrar por la corriente de ese vértigo de obrar completamente externo y mecánico, sin pensar en nosotros, dejarnos ir atados de pies y manos como cadáveres por la corriente de un río, ó volvernos á la luz del espíritu y recibir toda su influencia, ó aceptar la actividad humana externa á cambio de vivificarla á toda hora con la influencia del espíritu. Pues bien; prácticamente se adopta la primera, que es la propia de los mercaderes, y yo quiero, aspiro á que mi vida represente una cruzada en favor del ideal, que es el sentido puesto. No me atrevo á proponer una solución mística, porque ella es excepcional, y acaso no fuese humana ni fecunda; pero anhelo—y lucharé cuanto me sea posible en la demanda—que nuestras actividades no sean formas vacías, sino plenas de espíritu, fecundas de ideales. No creo que sean un sueño mis deseos, y en último resultado quizás sean los sueños la única y más adorable realidad.

Aspiremos, pues, á esa Humanidad hecha de luz y de alma, llena de encanto, de gracia y de poesía. He dicho. (*Grandes aplausos.*)

Conferencias del Ateneo de Madrid.

CULTURA FEMENINA

POR

Doña Carmen Karr.

SEÑORES: SEÑORAS:

Quisiera que por un momento pudierais imaginaros la emoción que me embarga al hablaros desde esta Cátedra, mil veces consagrada por mentalidades ante las cuales la mía como ninguna aparece insignificante. Conozco que esta figuración os haría tan indulgentes como amables y deferentes sois. Mas para concederme vuestra benevolencia os ruego que olvidéis cuanto pudiera recordaros *á la escritora*, para poder escuchar con benévola atención la voz de una mujer sin otro mérito que el un poco heroico, por cierto, de haberse erigido en uno de los apóstoles más fervientes de la, más que difícil, peligrosa causa del feminismo, abandonada en España hasta hace poco.

No os asuste la palabra, que aún tiene cierto sabor de anacronismo en nuestra patria, tierra del Sol, de la gracia y de las mujeres entre todas bellas.

El feminismo que yo profeso y defiendo y del que vengo á hablaros es cuando menos el más inofensivo de todos. No pido para la mujer iguales prerrogativas que para el hombre mientras no se le exijan los mismos deberes é idénticas responsabilidades. Es el que no aparta á la mujer del hogar, de la cuna ni del templo; antes bien, hácela más mujer si cabe, dándole conciencia bien definida de su feminidad y de lo que es en ella la verdadera fortaleza.

No se me oculta que á muchos va á parecerles este feminismo mío algo así como vergonzante y poco vigoroso. Mas no vengo á discutir aquí otros sentires, sino á exponeros el mío y los frutos que de él espero para la mujer española.

Este feminismo, señores, tal como siempre lo he entendido, es el que desde mi tierra de labor practico y defiendo con fervores sinceros después de haberlo aprendido estudiando esos mil dolorosos problemas que á menudo parecen insolubles, porque para la lucha por la vida la mujer española no se halla preparada, ni como ciudadana, ni como madre, ni como esposa, ni mucho menos como educadora.

En los años que llevo de apostolado he tenido ocasión de estudiar muy de cerca á la mujer de otras naciones, y sin prejuicios de raza (podéis creerme, pues llevo en las venas tanta sangre latina como sajona) os aseguro que cada día he ido convenciéndome más de que no hay en el mundo mujer mejor dotada que la española; y es lógico, pues que cada vez se afianza más en mi espíritu la idea de que el día que haya conseguido la cultura y la preparación que le falta, será indiscutiblemente la mujer modelo entre todas, porque el saber no matará en ella la delicadeza del sentimiento, lo más intenso y lo más puro de su feminidad.

Y, sin embargo, aun con estas dotes naturales de inteligencia, de fortaleza, de asimilación, de perseverancia, ante la mujer extranjera la española aparece como un ser cuya única misión es el deleite ó la perdición del hombre; muñeca ó tirana, sierva ó beata, sin noción de su propia personalidad y de los tesoros que posee, tesoros que tanto podrían contribuir al engrandecimiento y al progreso de su patria.

De la mujer española ante el extranjero ¿qué podría decirnos yo que no sepáis ya por la inolvidable conferencia que en esta misma tribuna os diera en 1910 mi noble amiga la gran española Sofía Casanova?

Yo sólo sé que algo muy doloroso me hiere profundamente siempre que salgo de España ú observo sus principales centros.

Y es la cantidad cada día creciente de institutrices, de ayas, de *nurses* extranjeras á quienes confiamos el cuidado y la educación de nuestras hijas, las españolas de mañana, las continuadoras de nuestra raza, cuyos puros abolengos y nobles tradiciones nadie parece preocuparse de que pueden trasformarse, y aun desaparecer, con esta invasión que la insuficiencia de los educadores españoles ha hecho indispensable, obligando á los extraños á intervenir en la formación de la España futura.

Si viajáis por el extranjero y frecuentáis la sociedad de otras naciones, en vano buscaréis una institutriz española.

La española que podríamos decir de exportación—rechazando todas las interpretaciones que pudieran parecer despectivas—es generalmente bailarina, cantadora ó... *cocotte*.

En cambio, veamos el gran número de hijas de familia extranjeras, profesionales y *déclassées*, que vienen á España en busca de un *modus vivendi*.

Ellas y los colegios congregacionistas, tan sujetos á perjuicios, á fanatismos y á deficiencias de toda suerte, son las que generalmente *forman aquí la mujer*. Nuestra mujer, es decir, el ser sagrado que lleva en su seno el germen de la España futura, fuerte y triunfadora; la que hace las costumbres, más invulnerables, más arraigadas, más intangibles que las mismas leyes, y de las cuales—mal que le pese—el hombre siempre es esclavo.

Examinemos rápidamente cómo se forman la mayor parte de las jóvenes españolas hijas de lo que se ha dado en llamar las clases directoras, de quienes suelen ser reflejo las demás que componen la nación.

Apenas salidas de los brazos mercenarios de la nodriza pasan al cuidado de una *mademoiselle*, *miss* ó *fräulein*, tanto más preferida cuanto menos sepa de nuestras costumbres y de nuestro idioma. Antes de la pubertad son internadas en un colegio de religiosas, si puede ser extranjeras, cuando no enviadas á educarse en colegios de Francia ó de Inglaterra.

Al volver á su familia se les da una *trotona*, se las lleva al teatro, á misa, de visita, adiestrándolas para pescar un marido rico; y tras dos ó tres esbozos de noviazgo, con un gran bagaje de vaciedades y de errores estas jóvenes entran en el matrimonio, que ha de imponerles la maternidad, misión de grandes responsabilidades.

Y así va poco á poco trasformándose en *snobinette* de un cosmopolitismo frívolo é inconsciente la española de ayer, ignorante, pero modesta, devota, pero no beata, la de los santos y heroicos amores, la de los grandes ideales, que se llamó Isabel la Católica, Teresa de Jesús, María de Padilla. Concepción Arenal...

Con todo, todavía existe en la burguesía española la ridícula profecía casera: "Las chicas, casadas ó monjas". Así, en pocos países como en el nuestro hay tantas mujeres inútiles, solteronas, beatas, intransigentes, envidiosas, secas de corazón y chismosas; seres, más que inútiles á la sociedad, nocivos; resultado de haber formado las mujeres para ser de un hombre hipotético que no ha pasado por su camino, ó de un Dios que no las ha llamado á Sí.

Hablando un sociólogo católico, el jesuita padre Ruiz Amado, del excesivo número de monjas, defendíalo con un argumento que mueve el espíritu á las más serias reflexiones sobre el porvenir de la mujer española, pues considera que en nuestro país el convento es en gran parte la solución del problema femenino.

"El convento—dice—quita de en medio, alejándolas de la *lucha por el marido*, un respetable número de jóvenes de ese *sobrante* femenino que hace pocos años ascendía en España casi á 500.000, y al que hay que añadir el número de mujeres correspondientes al de los hombres que por varias causas no contraen matrimonio, y son más de 100.000, con tendencia á aumentar de año en año".

Apóyase en razones muy dignas de ser tenidas en cuenta, y añade:

"¿Qué puede hacer una joven de la clase media, una huérfana con una dote de cuatro á cinco mil pesetas? Si no tiene vocación religiosa, habrá de meterse en un escritorio, excluyendo de él á un joven de otro sexo, ó sustituirle en el mostrador de una tienda, ó consumirse trabajando día y noche en labores femeninas para ganar *una peseta*, con la cual—y la renta de su mezuquino caudal—apenas podrá sufragar sus más apre-

miantes necesidades. Mas permitid á esa joven que se asocie con otras veinte de sus mismas costumbres, que pongan sus dotes en común, que se empleen en trabajos comunes, absteniéndose de todo gasto superfluo en el vestir, en la habitación y en los mil caprichos de que apenas puede carecer la vida femenina; herédense además mutuamente, de suerte que vayan acumulando un patrimonio social, y con todo esto gozarán de las ventajas morales de la sociedad doméstica, y podrán pasar su vida pobremente, pero libres de las miserias y peligros morales y sociales de una pobre mujer aislada é indefensa. “

Y prosigue:

“... Esto olvida el feminismo aturdido é insensato, el cual, si lograrse dar ocupación y sustento á las mujeres jóvenes, nunca podrá llenar el inmenso vacío que se abre en el alma femenina cuando comienza á declinar el día de su existencia si no acuden á llenarlo las afecciones del hogar natural ó los santos afectos de la vida religiosa “

Decidme: ¿no es profundamente doloroso, que en España haya quien crea que sólo *casada ó monja* puede una mujer llenar su vida y cumplir su misión de mujer y de ciudadana?

Á mi juicio, hay otra cosa que puede y debe llenar la existencia de la mujer, á fin de que no vaya al matrimonio ó al convento, como tantas van, con el único fin de librarse de los problemas, contrariedades é inconvenientes de una existencia solitaria.

Y este *algo* es la conciencia de su propio valer, de su personalidad; es la instrucción, es la cultura, es sobre todo el sentimiento de un ideal útil, y para conseguirlo es preciso abrir bien amplios horizontes ante los ojos de la mujer, de *labella durmiente* española, dotada de incomparables dones, de vivísima inteligencia, de admirable comprensión, dueña como ninguna de esa feminidad que es como un perfume que nunca debe perder.

El día que nuestra mujer tenga conciencia de su personalidad, se sentirá responsable de todos sus actos, y lógicamente hará por perfeccionarlos; sentirá la necesidad de instruirse, y sobre todo de tener ideales de trabajo, de estudio, de arte, de ciencia, de gloria, de caridad, de filantropía, de libertad bien entendida, que bastarán para llenar su existencia si ha sido malograda para el amor y la maternidad.

¿Por qué la mujer que no ha querido ó no ha podido casarse no suele hallar generalmente *aquí* con qué llenar el *vacío* de su existencia?

¿Por qué cuando ya *pasan* para ella los años de juventud pesa sobre esa mujer el sambenito de *solterona*, que equivale á un ser fracasado, si no grotesco y antipático, digno de lástima.

Sencillamente, porque se la ha dejado en su sueño de atávica ignorancia; porque no se la ha colocado en un ambiente propicio al desarrollo de sus sentimientos, de su inteligencia, de su actividad natural, de su derecho á la vida.

Entre la sufragista violenta, hombruna, revolucionaria, incendiaria, y la beata ignorante, quisquillosa é intransigente, hay un término medio en el cual reside la virtud: la mujer consciente de su poder, de su resignación, de sus deberes y de sus derechos.

Á mi entender, tan perjudicial es la educación extranjerizada que se da á la hija de familia rica como la que aquí generalmente recibe la mujer de la clase media; esto es, la que conduce á la mujer futura á ignorar todo lo que no sean labores domésticas ó de adorno, novenas rutinarias (ese rezo sin la fe ardiente y rendida que debiera presidir á toda comunicación de la criatura con su Creador), á no hablar á un hombre mirándole al rostro, y necesitar el consejo del confesor para leer Fabiola ó á Fernán Caballero.

Entre esta muchacha y la que se pasa la vida combinando vestidos, jiras y partidas de patinaje, bailes y tiros de pichón, y lee—cuando lee—novelas francesas, que se compone el cuerpo para anzuelo de maridos y el alma para gozar de una existencia comfortable, hay la mujer que, sin hacerse esclava de ellos, ama los quehaceres domésticos, que, si conviene, aporta con su trabajo mayor bienestar á su casa, que hace de ella un lugar hermoso y grato, donde se sienta ella y los que ama más á gusto que en parte alguna; la mujer que es creyente por conciencia y piadosa por amor á Dios y á la criatura; esa mujer que se complace en las manifestaciones del arte, que admira las de la ciencia, que respeta lo que no entiende y *siente* lo que comprende su espíritu. Ella es la mujer dulce y fuerte, que aparece y desaparece oportunamente en las penas y en las alegrías, en la soledad de los que la aman; que gusta de vestir galas que no la profanen con impurezas, y huye de cosas y gentes necias y de toda suerte de desviaciones; la mujer que busca en torno de su dicha ó de sus penas otras penas ú otras dichas á las cuales cooperar ó que consolar. La mujer fuerte y dulce, sí; la que tiene las manos y la voz de mieles, y en el corazón, un tesoro de fortalezas y de consuelos, y en el espíritu, alas siempre á punto de abrirse para elevarse por encima de las pequeñas miserias después de haber tratado de remediarlas. Es esa mujer que siente interés por todo lo existente, bueno ó malo, que tiene fuerzas para dar al débil, y ciencia para abrir los ojos al que ignora los fines de la vida. Yo creo que en la mujer que tenga ideales propios está la solución del problema femenino mucho más que en el convento.

Tampoco debemos mostrar á nuestras hijas por todo porvenir esta hipótesis que se llama «el marido». ¡No, por Dios! Mostrémosles la vida tal cual es; hagámoslas fuertes y conscientes de su misión de individuos de la sociedad.

Una de las misiones de la mujer, la más alta, la más noble, es la de la maternidad. Pero hay otra que, á mi ver, la iguala, y que es más personal, más altruista: la *humanidad*.

Hagamos, pues, la mujer consciente como mujer, y no se encerrará en un convento, ni vivirá en comunidad para ponerse á salvo de las necesidades y de las luchas sociales, ni le será preciso tomar en un escritorio el lugar de un empleado del otro sexo. y los hijos que de esas mujeres nazcan se avergonzarán de medir cintas y encajes y vender perfumes y alfileres mientras la tierra pida brazos para sus cosechas. Pues *eduquemos más á la mujer para HACER SOLA el camino de la vida, y únicamente entonces podremos decir que tendrá condiciones para ser esposa, madre y ciudadana.*

Si me lo permitís, examinaré el estado en que hoy se hallan algunas de las principales fundaciones existentes en España para la formación de la mujer española.

Vamos á las que más cerca tenemos, al Colegio de María Cristina, obra digna de los mayores elogios, y que, sin embargo, tiene una marcada característica en la indiferencia con que atiende á la formación de la mujer. Según datos, á fines de uno de estos últimos cursos salieron 40 alumnos de ambos sexos: 12 jóvenes oficiales con el grado de segundos tenientes de infantería, y 28 muchachas que iban á *debutar* en la sociedad con este bagaje de conocimientos: 13 maestras superiores, 2 profesoras de piano y 13 bordadoras.

Los 12 segundos tenientes, disfrutando de un sueldo seguro, han sido incorporados á sendos regimientos, desde los cuales, aun sin esfuerzo ni merecimientos extraordinarios, limitándose al escalafón, podrán llegar un día á las más altas dignidades del ejército. Ahora bien; ¿hallarán aquellas 28 jóvenes maestras, profesoras de piano y bordadoras asegurado su porvenir en las mismas condiciones que los 12 oficiales? No, desde luego. Pues aun cuando las alumnas de la benemérita fundación regia hallen á la salida del Colegio colocaciones y empleos de su especialidad (cosa no muy probable), ¿qué porvenir se les presenta en la sociedad? ¿Acaso ignoramos cuáles son los irrisorios sueldos que cobra en España el profesorado, sea cual fuere su especialidad? Y nada digamos de los míseros jornales de las bordadoras, esos jornales que las tienen inclinadas sobre el bastidor diez, doce y diez y seis horas realizando milagros de primor que las dejan medio ciegas antes de los treinta años, para llegar á conseguir un máximo de jornal de 6 ú 8 reales.

Y sin profundizar en la desigualdad social que media entre un oficial y una bordadora, cabe preguntarnos además: ¿Es que no hay para la mujer española más horizontes ni más porvenir que ser maestra, profesora de piano ó bordadora?

Hace muy poco he tenido noticias de una fundación existente desde el y siglo xv en Toledo para las jóvenes de aquel Arzobispado. Según datos que me merecen el mayor crédito, disfruta la institución de una renta anual de quinientas mil pesetas.

Pues bien—¡quién lo creyera!—hoy la enseñanza está en aquella institución absolutamente á la misma altura que cuatrocientos años atrás. No se há introducido en ella el más pequeño progreso pedagógico, la más rudimentaria cultura que permita á la doncella salir de allí con algo más que una dote de 10.000 pesetas; con una carrera, con medios bastante fundamentales para hacer frente á las luchas de la vida y á su misión de ciudadana, de esposa, de madre, de educadora.

¿Acaso no parece esto increíble? ¿Y no mueve á las más dolorosas meditaciones y á una ardiente protesta?

Entretanto por escasez de recursos carece la mujer de florecientes centros de cultura: las escuelas normales adolecen en toda España de grandes deficiencias, y centenares de jóvenes maestras, después de varios años de laboriosos estudios y con grandes y estériles anhelos de perfeccionarse, se disputan míseros sueldos anuales que no llegan ni á 500 pesetas.

Dejad que os hable ahora brevemente de la cultura femenina en Cataluña, donde la mujer dispone hoy para su formación de más sólidos elementos que en otras regiones.

Nuestros patronatos de obreras (en general obras católicas) son verdaderamente admirables, y pueden competir sin temor alguno con las obras sociales femeninas más perfeccionadas del extranjero. Y he de hacer constar, mal que pese á los intransigentes, que en la mayoría de nuestros patronatos catalanes, aun cuando sean de origen católico más aún, clerical, reina una perfecta amplitud de criterio que se armoniza con los mayores progresos pedagógicos.

Un ejemplo: En esos patronatos, que no sólo existen en Barcelona, sino en poblaciones secundarias, he visto funcionar cursos de Maternología, de Puericultura y de Higiene. ¡Cuando en la mayoría de los conventos de monjas españolas no se bañan las educandas, porque es pecado, ni en algunos se les permite coser prendas de ropas interior masculina ni de recién nacido, por este mismo motivo!

Hoy en Cataluña la mujer obrera, y hasta la de la clase media, tiene elementos para educarse é instruirse como en muy pocos otros países, gratuitamente ó por ínfimo precio. Tiene sus talleres de industrias artísticas, sus bibliotecas y mutualidades, sus Bolsas del trabajo, sus Cajas dotales, sus escuelas de todas clases.

Gracias á iniciativas particulares, montándose está cerca de la ciudad de Vich la primera granja—escuela de labradoras ó payesas (como llamamos allí á nuestras mujeres del campo), que promete por lo menos nivelarse con las famosas *Ecoles des fermières* de Francia, Bélgica y Suiza y con las escuelas femeninas de Agricultura de Inglaterra y de los Estados Unidos.

Y es para mí un verdadero orgullo ciudadano poder deciros que en

Cataluña venimos publicando en catalán desde hace ya ocho años una revista femenina ilustrada, *sin figurines*, con 20 páginas mensuales.

En esta publicación cien veces han ocupado sitio de honor el nombre y la labor de esas mujeres que honran á España: Blanca de los Ríos, Carmen de Burgos, Sofía Casanova, Concha Espino, Concepción Gimeno, la Condesa del Castellá, María Atocha Ossorio y Gallardo, Pilar Contreras, Magdalena S. Fuentes, y otras muchas cuyos nombres no acuden en este momento á mi memoria. Su labor es conocida y amada en nuestra tierra, á la cual siempre sirvieron de estímulo los adelantos de la cultura, vengan de quien vengan y de donde vinieren.

Podéis creerme, señores, que es poco cuanto os diga en loor de lo que en Cataluña se hace para la cultura y bienestar de la mujer. Y para que no creáis que me ciega el amor que tengo á la tierra donde nací, quiero que sepáis que mi advenimiento en ella debióse á la casualidad, y no porque ninguno de mis ascendientes fuera catalán ni porque me haya educado y formado en Cataluña.

Es, pues, mi patriotismo ó catalanismo — como queráis — el del convencimiento, y con la misma firmeza creo que en la cultura de la mujer española reside uno de los principales factores del progreso y de la salvación de España.

*
**

Y para terminar, dejadme que os hable ahora de la última fundación que para la mujer hemos llevado á cabo los catalanes. Me refiero á la primera Residencia para estudiantes que existe hoy en España.

Fué resultado de una selección hecha en las obras similares del extranjero, para aplicarla á las necesidades de la mujer española sin que tenga que alejarse de su patria ni perder su personalidad nacional.

De esa obra utilísima de la Residencia para estudiantes que aquí tenéis, protegida por la Junta para ampliación de estudios, y guiada por las admirables manos del Sr. Giménez Frand, ha salido ^{3 p. lo que sale} la obra femenina de que os habló, inspiradora y modelo. Y yo, que he consagrado á estos ideales mis energías, mi labor constante de largos años, he de deciros cuánto espero de esta fundación nuestra si la acogéis también como hermana; que obras como éstas son, á mi entender, el mejor vehículo de cariño y armonía. Á la vez que un centro de cultura, ó mejor dicho, de definitiva formación de la mujer española, nuestra Residencia puede llegar á ser un laboratorio de amor y pacificación.

La ciudad de Barcelona, representada por su Ayuntamiento, y algunos particulares han subvencionado en su fundación *El Hogar*, que así se llama nuestra obra; una española virtuosa y culta, dama de gran corazón y de estirpe real, la Serenísima Infanta doña Paz de Borbón, entusiasta de toda idea de cultura, aceptó después de oirme la presidencia del

Protectorado de Madres de familia, que se interesa por nuestra fundación.

Algo del programa de *El Hogar* voy á leeros antes de terminar.

*
* *

El Hogar, capaz ahora para unas 25 jóvenes, ocupa en el pintoresco y sano barrio de San Gervasio un precioso hotel de tres pisos, á dos minutos de los tranvías del centro de Barcelona y á menos de diez minutos de la plaza de Cataluña, que es nuestra Puerta del Sol.

Tiene hermosos jardines, electricidad, teléfono, etc., salas de baño, de lectura y de música, una sala de conferencias capaz para más de 130 personas, nutrida biblioteca, y terrazas y dormitorios llenos de sol y de luz.

En *El Hogar*, y desde los precios más módicos, las familias hallarán para sus hijas toda suerte de cuidados, absolutamente *maternales*, tanto en lo que se refiere á la vida moral como á la material; sana y abundante alimentación, habitaciones higiénicas y confortables, *mucha higiene* y vigilancia, sin que ésta cohiba la justa libertad de la joven; buenas y útiles relaciones sociales, y protección del Patronato de Madres de familia. Gratuitamente, completa enseñanza doméstica (limpieza, presupuestos caseros, costura, cocina, plancha, cuidados á los niños y enfermos, medicina de accidentes, etc., etc.), conferencias de ampliación educativa é instrutiva, etc., etc.

Las señoritas pensionistas—que en *El Hogar* hacen vida de familia cuidadosamente vigilada y atendida por un personal tan respetable como experimentado de elegidas inspectoras—pueden acudir á los centros docentes donde hayan de cursar sus respectivos estudios: Universidad, Instituto, Escuelas de Medicina, Normal de maestras, Bellas Artes, Escuelas Industriales, de Comercio, de Música, de Artes y Oficios, etc., Conservatorio, Academias varias de dibujo, pintura, música, escultura, labores, talleres de industrias artísticas y demás del *Institut de cultura i Biblioteca popular para la Dona*, etc., etc. Asimismo, y según lo implique la índole de los estudios de las jóvenes, éstas—si es preciso debidamente acompañadas—asisten á conciertos, teatros seleccionados, museos, talleres, etc., etc.

Las pensionistas tienen á su disposición las salas del Ateneo y su biblioteca, que es una de las secciones de *El Hogar*, donde además de la Exposición y venta permanente del trabajo de la mujer se dan las conferencias y lecciones prácticas que hagan de ellas el día de mañana, no solamente mujeres bien impuestas en sus respectivas carreras, sino también buenas madres de familia cristiana, experimentadas amas de

casa y mujeres bastante fuertes para poder luchar en la vida y educar nobles hijos para la patria.

En *El Hogar* pueden residir temporalmente las madres y hermanas de las pensionistas cuando vayan á visitarlas, y las extranjeras recomendadas.

El Hogar organiza cada estación (además de excursiones instructivas, deportes, etc.) unos viajes colectivos de instrucción, á precios reducidos. Á éstos pueden adherirse en las mismas condiciones las madres y hermanas de las pensionistas, así como las socias del Ateneo.

El Hogar, cuyo Patronato de Madres de familia es presidido por S. A. R. la Srma. Sra. Infanta D.^a Paz de Borbón, princesa de Baviera, consta de un personal así constituido: Director general, Subdirección, Inspectoras, Secretariado y un escogido servicio doméstico (*todo femenino*), etc., etc.

Tanto los conferenciantes como los profesores particulares que deban tener las residentes en *El Hogar* son elegidos entre los de mayor prestigio en sus respectivas especialidades.

En *El Hogar* las jóvenes hallan toda la sana y consoladora independencia y afectos de que disfrutan en sus familias, tanta moralidad, vigilancia y buenos ejemplos como pudieran hallar en una casa exclusivamente religiosa, y esmerados cuidados morales y materiales, unidos á bien entendidas orientaciones educativas y á experimentados consejos.

Las residentes gozan de perfecta libertad respecto de su idioma natal, si bien reina en *El Hogar* la cooficialidad de las lenguas castellana y catalana.

Queda establecida una absoluta neutralidad en materias políticas y religiosas, aunque éstas formen parte del programa de ampliación educativa, que abraza todos los aspectos y conocimientos de la vida social.

No siendo la Institución un colegio ni un convento, las residentes quedan en completa libertad de conciencia por lo que atañe á prácticas religiosas, y únicamente en el caso de pedir las residentes ó sus familias consejo sobre el particular á la Dirección, formula ésta su criterio en materia que merece tanto respeto como tolerancia.

Son admitidas, pues, en *El Hogar* señoras y señoritas residentes sin distinción de nacionalidad y religión, mientras cumplan las formalidades indicadas en la hoja de solicitud.

Las mensualidades están al alcance de todas las fortunas, además de que se instituirán plazas gratuitas y becas cuando lo permitan los fondos procedentes de subvenciones particulares y oficiales.

La Dirección y Patronato están en relación con el profesorado de los establecimientos de enseñanza, y mensualmente dan noticias á los padres sobre la marcha de los estudios de sus hijas.

Se admiten estudiantes desde la edad de catorce años, profesoras ó

graduadas que hagan en Barcelona estudios y preparen oposiciones, y todas las señoras y señoritas que se dediquen é estudios especiales, á trabajos artísticos ó de investigación.

La admisión se hace por la Dirección previas las referencias é informes oportunos.

No se admiten residentes sin un certificado facultativo que acredite el perfecto estado de su salud.

Las comidas son iguales para todas las residentes; la participación en excursiones, viajes, etc , es libre.

Éste es, señores, para la mujer *El Hogar* en Cataluña, que abre sus puertas á vuestras hijas estudiantes, y esperamos que mañana les ofrezca un intercambio de amor y de solidaridad de ideales.

Vuestras castellanas llevarán á nuestra tierra de labor la música dulcísima de su voz; y el atractivo de su gracia y el encanto de su carácter expansivo, de su espontaneidad y alegría, patrimonio de vuestras mujeres, florecerán al pie de nuestras severas montañas y harán más rientes aún las orillas de nuestro mar azul.

Conociéndonos de cerca, conviviendo en el mismo hogar, nos amarán como hermanas; y cuando vuelvan á sus lares de Castilla ellas serán las verdaderas mensajeras de paz y de amor, y de su estancia entre nosotros traerán aquí, para comunicarlos á los hijos que den á España, la fortaleza y el fervor, las energías y la constancia, *ese ideal, en fin*, que, como os decía al comenzar, es la base de una España nueva, fuerte y triunfadora.

He dicho. (*Grandes aplausos*).

La Taquigrafía parlamentaria española, por su antigüedad y por su desarrollo, tiene perfecto derecho á ocupar lugar preferente entre las de otros países, que no soñaban en implantar el servicio estenográfico cuando en nuestra patria vena funcionando desde las célebres Cortes de Cádiz de 1910; y desde entonces acá, mejorando cada vez más, no ha carecido nunca el Parlamento español (Senado y Congreso) de un Cuerpo de taquígrafos hábiles y experimentados y de un Diario de las Sesiones tan completo y acabado como los mejores del mundo.

CARLOS G. ENTRERRÍOS.

(De los Signos taquígráficos de preposición.)

Ateneo de Madrid.

Discusión mantenida en la Sección de Ciencias morales y políticas acerca de
la Memoria del Sr. Rivera Pastor sobre

“ORIENTACIONES POLITICAS”

Sesión del día 3 de Abril de 1913

Discurso del Presidente de dicha Sección

Don Antonio Dubois.

SEÑORES:

Antes de abrir discusión sobre la Memoria que acaba de leerse voy á dirigiros la palabra para justificar mi presencia en este sitio y encarecer la importancia del tema propuesto.

Nuevamente ocupo este alto puesto, superior á mis merecimientos, por la sentida ausencia del ilustre presidente de la sección, D. Eduardo Dato, á quien asuntos profesionales y políticos le impiden concurrir. Necesito vuestro estímulo, vuestros alientos: van á intervenir en esta discusión excelsos oradores, y mi misión desde aquí, más que dirigir, será oír y aprender. Yo no puedo daros soluciones definitivas ni profundas concepciones; pero me honro y coopero á vuestra fecunda labor dando estado académico á este problema, cumpliendo mi deber al sentarme en este lugar.

Gran finalidad puede tener la discusión que hoy comienza, pues puede ser continuación de las tradiciones de esta casa, que, como he dicho otras veces, siempre ha ido en las avanzadas del progreso, analizando los problemas presentes y proponiendo soluciones. Hace falta, mucha falta, que el país sepa que hay un núcleo de hombres jóvenes capacitados para la acción política. Los que vais á intervenir tenéis nombres prestigiosos en la Filosofía, en el Derecho, en la Economía y en otras disciplinas científicas; pero es preciso mostrar á la opinión que no sólo sois doctrinarios y especulativos, sino hombres de acción, hombres políticos capaces de hacer carne y hueso vuestras ideas. Por eso la intervención en estos debates no es un derecho, sino el cumplimiento de un deber. Hay que hacer ciudadanía, y vosotros los intelectuales debéis dar el ejemplo: que salga de aquí un nuevo rumbo, que se modernice la política española, regresiva y medioeval, en que triunfa el hábil y el intri-

gante. Gobernar es la resultante de todas las disciplinas. Será mejor político el que tenga una visión más profunda del alma nacional, se haya formado un sentido ético y sienta la vocación por el Derecho.

Si penetrásemos en el espíritu de la mayoría de los políticos españoles y proyectásemos el concepto que tienen de la ciencia política y de la dirección del Estado, se explicarían la oligarquía reinante, la falta de ideal, los crímenes de lesa patria...

Hora es de que nos incorporemos todos á la vida política y no continuemos siendo reos por omisión de un grave, gravísimo delito de ciudadanía. En esta época de solidaridad social nos debemos á los demás, y todo ciudadano tiene una ética social ineludible á cuyo cumplimiento no puede sustraerse. El individuo es tan abstracción como el átomo, ha dicho Natorp. La opinión pública reina y gobierna. ¿Y cómo puede llegar á formarse con la criminal abstención de los miembros de un Estado? Toda labor de educación política será fecunda; todo lo que espolee el dormido sentimiento público del país será meritorio; todo lo que evite ó tienda á evitar el gobierno de clases sostenido por la inhibición de una masa ciudadana será honrado; todo lo que contribuya á desmoronar la funesta oligarquía triunfante es patriótico.

El momento es crítico: es el actual momento de evolución de la sociedad española, que fatalmente tiene que resolverse en una revolución política. La conciencia individual sufre un cambio decisivo; se halla preocupada por los problemas que agitan al mundo civilizado, y en la inquietud espiritual, en la repugnancia que inspiran los antiguos procedimientos, en el despertar de la conciencia colectiva y en la mayor severidad que ahora inspira el juicio público, se nota la honda transformación psicológica de la raza.

Esta generación viene obligada á dar á la política un contenido científico, á luchar con pasión por los principios que sustentamos y á tener fe en los destinos de la patria amada.

Oigamos al profundo Emerson: "Sólo—dice—los que e lifican sobre ideas construyen para la eternidad, y lo que la juventud tierna y poética imagine, desee y celebre hoy, será sin dilación objeto de las resoluciones de las Cámaras después que lo haya sostenido como agravios y bill de derechos entre conflictos y guerras, y entonces se convertirá en ley y seguirá triunfante durante cien años, hasta tanto que ceda á su vez el puesto á nuevas peticiones y representaciones."

Es decir, que de vosotros hay que esperar lo todo. Vayamos con entusiasmo á definir en esta discusión nuestra posición ante el problema con un gran espíritu de tolerancia, patrimonio de los espíritus modernos y fuente copiosa de verdades y amores, porque tolerar es comprenderlo todo y no excluir más que la intolerancia, y tengamos presente estas profundas frases de Dorado, que encierran un severo examen de concien-

cia: "Es menester que cada uno se dé cuenta de su situación en el mundo, que él mismo reconozca sus deberes y los sienta, incorporándose los, haciéndolos parte de todo su ser, y no meramente de su patrimonio mental, pues una vez colocado en semejante disposición interna no necesita que nadie le diga lo que tiene que hacer, ni menos resistirá que se le constriña por fuerza á hacerlo."

Con esta gran fuerza ética venceremos; con la fuerza de la cultura demostrareis vuestra capacidad, y entonces tendremos derecho á apoderarnos del Estado, instrumento civilizador por excelencia que debe ir á las manos de los civilizados, y no permanecer ocioso y estéril en las de los incultos y parásitos. Y entonces será hora de recordar á los gobernantes aquellas palabras de Talleyrand "que el arte de colocar á los hombres en el lugar que les corresponde es el primero en la ciencia del Gobierno".

Decidme, jóvenes que en el silencio y el olvido laboráis: ¿se cumple este principio en el país del favoritismo, la yernocracia y la intriga? ¿No os sentís ahora mismo espoleados por la protesta? ¿No diríais cada uno de vosotros palabras muy amargas, expresión de vuestro espíritu melancólico ante tanta usurpación? (*Aplausos.*)

El tema objeto de la discusión es amplio y complejo. En su misma amplitud está su utilidad: porque no es la hora de discutir simplemente un determinado punto religioso, jurídico, ético ó político de los muchos que tiene planteados la triste realidad española; y no lo es porque el problema es total, fundamental, biológico, de constitución nacional, y cualquiera cuestión que se planteara tendríamos que referirla á nuestra política, y no sería otra cosa que manifestación sistemática del morbo nacional. Por eso bajo la amplia denominación del tema propuesto se esconden y agitan cuantos problemas nos afectan, y os dará ocasión á todas las reivindicaciones, á todas las rebeldías, á todas las sátiras.

Posición de la juventud ante el problema.

La actual juventud ha venido á la vida pública bajo el peso de un pesimismo mortífero. La herencia transmitida por la generación anterior ha sido el oprobio, la afrenta, el rubor y ha aplanado de tal modo los espíritus, que á raíz del 98 la juventud que piensa y siente amores por lo ideal cayó en la más profunda tristeza.

Dilapidado y deshecho el haber material de la patria y deformado el carácter psicológico por la influencia de una falsa Pedagogía, creyéndose en posesión de los instrumentos de las modernas sociedades políticas, dando por hecho que se movía en un ambiente europeo, la decepción fué horrible cuando se percató de que todo era apariencia y un falso

legalismo, y en vez de surgir poetas que cantaran las grandezas de la patria, nuestro espíritu se conmovió con la iracundia de los grandes flageladores Costa y Picavea: "¡Todo está roto en este desventurado país ¡No hay Gobierno, no hay cuerpo electoral, no hay partidos, no hay ejército, no hay marina! ¡Todo es ficción, todo decadencia, todo ruinas!"

Pero esta juventud, justo es proclamarlo, no se acobardó; y en unos años ella sola ha formado una patria espiritual con su esfuerzo, con su fe, con sus lecturas, con la asimilación de las ideas nuevas; y una legión de universitarios ha realizado brillantes peregrinaciones por Europa pidiendo á los hombres, á los libros, á la vida, savia de renovación y cultura. Creo que la primera misión de esta juventud es sembrar, fecundar, preparar nuestros hijos.

La renovación espiritual.—El problema total.

Ninguno de nosotros cree que la obra sea de poco tiempo, y supongo que ningún espíritu cultivado admitirá hoy la eficacia de revoluciones súbitas, pues la revolución es introducir luz en las conciencias, y esto es obra larga. Ningún espíritu cultivado puede tener fe en el solo cambio de instituciones, leyes ó reglamentos. La labor es más honda: hay que operar en la raíz y atacar el problema en su espina dorsal. La cuestión de España es de renovación espiritual, y creo con Fauille que la renovación espiritual es más necesaria ahora que la política. Por eso vemos que España tiene todas las apariencias de Estado moderno, y, sin embargo, se halla lejos de serlo: es lo que Augusto Comte enunciaba al decir: "Considero todas las instituciones como puras bobberías, hasta que la renovación espiritual se realice, ó al menos se avance en su camino." Y la reorganización espiritual no es más que Pedagogía: por eso el problema primero de la educación es que el Estado sea el único maestro, y para ello hay que organizar la educación por medio del Estado, y hay que organizar el Estado por medio de la educación, según frase de un ilustre tratadista.

La juventud y el nuevo método político.

Y esta juventud que ha oreado su espíritu en Europa ha aprendido que la Política es técnica, Filosofía, Derecho, Historia, y antes que nada, visión de la realidad. Por eso creo yo que estas discusiones se orientarán en un sentido realista y que huiremos de puros idealismos que conducen á la utopia. Y afirmo esto porque venís preparados en la ciencia sociológica, y ella nos enseña á conocer la marcha de la evolución

social, que se conforma con las leyes naturales y muestra al hombre de Estado el camino que debe seguir si no quiere entrar en colisión con las tendencias naturales; de tal modo que podemos formular aproximadamente el pronóstico sociológico explicándonos los fenómenos sociales por ese movimiento de los grupos predicando sobre la base de esta aplicación: no tendrán las previsiones sociológicas la exactitud de las astronómicas; pero lo que importa más que el movimiento mismo es que pueda predecirse el fenómeno, es la tendencia de la evolución social.

Lejos está esta generación, formada en los métodos positivos, de hacer las construcciones meramente ideológicas que produjeron la República de Platón y la utopía de Tomás Moro, Hoy, si una política quiere ser eficaz, debe tener en cuenta los elementos históricos, porque sólo es real lo que se ha producido históricamente. Antes de traducirse en hechos é instituciones los principios tienen que adaptarse á la realidad. Todo idealismo consiste en inhibirse de la ley de evolución y en querer implantar de un solo golpe el porvenir lejano: esto en política produce funestos resultados.

He ahí por qué todos los tratadistas de Derecho público dan al principio de eficacia un valor absoluto en las determinaciones de la política, y la infracción de esta ley sociológico-biológica ha producido en el organismo del Estado las enfermedades que se llaman reacción y radicalismo rojo, que, negando aquélla el progreso y éste el engranaje histórico, han dado por resultado, de una parte, el estancamiento, y de otra la esterilidad; de tal suerte, que los partidos extremos, ultramontano y radical, no tienen en cuenta el momento histórico y dan absoluto valor á los principios: el primero, conservando la raíz de las instituciones tradicionales, y el segundo, arrancando esa raíz (de ahí su nombre). En cambio, los partidos medios, liberales y reformistas, gobiernan atentos al principio de la eficacia.

Instrumentos del Estado para realizar la obra.—Los partidos políticos y la opinión pública.

¿Hay partidos políticos en España? Costa dice que esta palabra se ha arrancado del vocabulario político europeo para designar «ese gremio de oligarcas», que llamaba el Sr. Maura, esa «plana mayor sin soldados», que denominaba el Sr. Canalejas. Y si estos dos grandes jefes de partido designan así á esas agrupaciones, ¿qué tenemos ya que decir nosotros? Si en la generación de los partidos ha de presidir la ley biológico-sociológica de formación, si han de nacer de las entrañas del pueblo si han de darse en países donde exista la soberanía nacional, si tienen que ser cristalizaciones de la opinión pública, evidentemente en Es

paña no los hay. Los partidos políticos han sido camarillas sin ideales, comunión de profesionales que han pospuesto siempre el interés sagrado de la Patria á los intereses dinásticos ó de la curia romana (*aplausos*); no han sido oreados por el puro ambiente de la calle, ni ungidos por el credo de la doctrina, ni nutridos por la masa que cobardemente se llama neutra. Los jefes, los Gobiernos, los estadistas, han tenido olvidada la obra de cultura, y han levantado un enorme y cínico montón de absurdos errores sobre la ignorancia del pueblo. Han formulado programas retóricos, han procurado reformas políticas cuando la educación democrática era insuficiente: soñadores y verbalistas, han empujado á España á la bancarrota; y sin ciudadanos conscientes de sus deberes políticos, y con la horrible alimaña del cacique, y sin una labor cultural que formara la opinión pública, estando ésta muerta, débil ó extraviada, ¿cómo iba á producirse el movimiento que nace de las entrañas y se condensa formando los partidos? Si éstos, como dice el Sr. Azcárate, han de organizarse teniendo en cuenta que su fin es la justicia, su guía la idea, su móvil el desinterés, sus reglas de conducta respecto de sí mismos la disciplina, respecto de los demás la tolerancia, respecto de la Patria la paz, en España no hay partidos, porque no cumplen los fines que el insigne sociólogo les asigna.

Que España está en el orden político fuera del movimiento europeo, es una triste verdad. En la conciencia nacional no han penetrado todavía los nuevos principios, y es muy frecuente oír á ilustres personalidades conceptos jurídicos y sociales que por lo añejos están proscritos. La Universidad ha fosilizado á nuestra intelectualidad, y sólo los espíritus rebeldes á toda disciplina académica formaron seriamente su mentalidad. El tipo medio comulga todavía en los principios del derecho divino con todas sus consecuencias, y para ellos es broma la soberanía nacional, la secularización del Estado, la enseñanza neutra y la emancipación de la conciencia.

Sólo así se explica que subsistan partidos atávicos en nuestro país, y que algunos hombres que están en las primeras filas de otros partidos con ropaje moderno sean voz del retroceso, aliento de los elementos estacionarios y esperanza de los ultramontanos.

Y los otros hombres, hijos de la revolución, formados en el individualismo clásico, están desplazados en los partidos reformistas, cuyo credo y cuyo ideal tanto difieren del ideal y del credo de los Smith y Molinari.

Aquéllos y éstos son la cabeza de los dos grandes partidos, más dinásticos que nacionales, que comparten amigablemente el Poder: el conservador y el liberal. Partidos atávicos sí los hay en nuestro país. En realidad, casi todas las formas de partido son atávicas, porque tienen un peso de tradición, un estatismo en el procedimiento y una negación del espíri-

tu de la época que así los hacen. Partido atávico completamente es el carlismo, que, en mi sentir, antes que nada es un partido religioso; y como todo partido religioso tiene su origen en un equivocado concepto de las relaciones de la Iglesia con el Estado, del Derecho y la Religión, y estas relaciones están bien fijadas en el principio de separación, principio dogmático del Derecho moderno; los partidos que tienen este fondo religioso y que separan, dividen y sangran á los pueblos, son formas atávicas cuya existencia sólo se comprende por las razones apuntadas.

También dan señales de vida los partidos clasificados con el nombre de locales, que obedecen á dos causas; ó al egoísmo de una determinada comarca del país que al influir en la vida política nacional se inspira en su interés, y no en el supremo de la Patria, ó á la existencia dentro de su Estado de una región que no ha obtenido el pleno reconocimiento de su derecho ó que aspira á ser independiente. El catalanismo agonizante parece ser un partido local que obedece á la primera de las causas indicadas.

En cuanto á los partidos conservador y liberal, ¿para qué juzgarlos? Ciertamente que en el haber de ambos pueden ponerse todas las reformas democráticas y algunas sociales, especialmente en el del primero, porque nuestro liberalismo ha permanecido indiferente á la evolución social del Derecho. Pero los hechos demuestran que todo han sido ficciones; como que la revolución de Setiembre no hizo libre y soberana á la nación. Analizar la obra de ellos sería poner sobre la mesa de operaciones el cuerpo exánime de España. ¡Ahí está la triste realidad clamando justicia! (*Aplausos.*)

El partido republicano ha pecado por omisión muchas veces. Su silencio, su pasividad, sus ideas, también arcaicas, le condenan; y en cuanto al partido socialista, su obra de depuración en la Administración, la savia nueva que le nutre, el ser el más europeo de los partidos, el sentir un ideal de justicia, el representar el sentido más ético en la política española, hacen que constituya una esperanza, y muy pronto resonará su voz fiscal.

Todas estas fuerzas políticas dan dos resultantes que resumen el estado de conciencia nacional. De un lado las derechas, con su sentido tradicional, su miedo á la remoción de lo existente, su concepto individualista de la propiedad, la escuela confesional, el matrimonio religioso, el Estado católico, el parcial reconocimiento de la soberanía civil, la justicia histórica, las jurisdicciones privilegiadas, el amor á la previa censura, el desprecio de la opinión y á la Prensa, el militarismo rabioso, el clericalismo agudo, la servidumbre de la conciencia, un peligroso sentido descentralizador por lo mal planteado y concebido; derechas que se aprietan, se unen, se apoyan ante los avances de la democracia ó el liberalismo, y que son hasta ahora fieles instrumentos del ambiente que

rodea al Poder moderador. De otro lado las izquierdas, desde la tendencia prudentemente reformista hasta la revolucionaria y utópica, que basa su política en los principios, en las ideas, relegando ú olvidando el engranaje del hecho histórico, con sed de reformas, con un concepto social de la propiedad rectificación del *abutere* romano, con la escuela neutra, el matrimonio civil, el Estado sin confesión religiosa, el total reconocimiento de la soberanía civil, la restricción ó abolición del fuero, el contacto con la opinión, de la cual y para la cual vive, el anticlericalismo, la emancipación de la conciencia y el militarismo racional que haga del ejército un noble servidor de la patria.

El momento histórico es la ruda batalla entre ambas inmensas fuerzas. Y parece llegado el instante en que va formándose la opinión pública y en que sus primeras convulsiones ponen estremecimiento en todos los que, violando su mandato, escarnecieron el nombre de España y la hicieron pobre é ignorante. Parece que el sentimiento público se revela, que el alma ciudadana alienta y que la protesta surge vigorosa. Contra la vieja política claman las nuevas generaciones que sienten la dignidad humana, que está en entredicho cuando soporta resignada un Poder corrompido.

Pero este sentimiento público. ¿está depurado totalmente? ¿Se ha formado ya vigoroso el carácter ciudadano español? Temo que no, y que aún conserve los vicios constitucionales que aprovechó el Estado oficial para sus demasías y corrupciones. Todavía nuestras masas son impresionables, todavía las deslumbra la palabrería parlamentaria y todo lo que nos condujo al oprobio y al desastre; y, lo que es más grave, aún se agrupan alrededor de los hombres esperándolo todo de ellos, posponiendo las ideas y consumiendo enormes energías en estos cultos á los ídolos de todas las religiones políticas. Este hondo vicio sólo puede desarraigarse una educación seria que haga llamear en el ciudadano el fuego de la idea. Cada día los héroes tienen menos valor, porque la obra social es de solidaridad, y el individuo, por genial que sea, se esfuma en la compleja lucha. Gladstone y Gambetta tienen menos adoración personal que tuvieron Pericles y los Gracos.

Ese ambiente puro de opinión que quiere incorporar á España á la vida política europea llega á las alturas y empieza á inquietarlas, porque un instinto de conservación les muestra la realidad. La Monarquía se encuentra con dos partidos de gobierno desautorizados y deshechos: el conservador, lejos de ser, como debiera, un instrumento de estabilidad, equilibrio y ponderación, lo es de inestabilidad, perturbación y desorden; el liberal no existe: es un partido arcaico que no ha incorporado ningún nuevo principio social ni político, que vive en el clásico individualismo, y, como forma muerta que es, desaparecerá si no se asimila los principios nuevos.

Creemos que la forma de gobierno no es esencial, y que toda la sustancia democrática es realizable dentro de las Monarquías cuando éstas son progresivas y liberales. El Poder moderador, cuya función es pulsar la opinión y satisfacer sus anhelos, para su bien y el de la patria debe comulgar con el alma nacional y dejarse de ficciones radicales. Esto es urgente, inaplazable, definitivo. La opinión, que no es cortesana, habla al Poder la verdad, y hoy parece que el Poder moderador va inspirándose en las fuentes populares y encarna las aspiraciones del alma nacional.

*
* *

Y dentro de este mecanismo político, ¿cuáles deben ser las orientaciones de la nueva generación? Evidente es el fracaso de todas las tentativas para formar una agrupación de elementos jóvenes intelectuales con finalidad política. La labor es personal y de influencia directa en cuantos organismos forma parte; labor intelectual y labor ética, elevando constantemente el nivel de las agrupaciones para llegar á ser núcleo de cohesión y elemento director. No continuar el triste camino de ayer para contribuir á formar una clase de hombres atentos á gobernar según sus intereses personales, siendo los demagogos de la antigüedad los políticos de los tiempos modernos. Debe proponerse una obra educativa seria para no aprovecharse de la ignorancia de las masas. Decía Maquiavelo: "el vulgo juzga más por los ojos y por los oídos que por las manos; ve, pero no toca, y de ello se aprovecha el político que no eleva á las masas á una moralidad superior". Hay que ir en busca de la representación nacional, é intervenir; pero hay que elevar á la más alta cima la magistratura del diputado. Éste no debe ser lo que por regla general es hoy: un agente de negocios del distrito, siempre en nombre de la voluntad nacional, claro es. Por lo cual la acción gubernamental, como dice un publicista francés, viene de abajo á arriba: los ministros temen á los diputados; éstos, á los periódicos locales y comités electorales; éstos al cacique.

La orientación de la juventud española tiene que ser eminentemente nacionalista. Todo por la patria y para la patria, amando como se aman las cosas eternas ese lazo misterioso entre las generaciones, como decía Fichte al dirigirse á la nación alemana. Tiene que ser eminentemente nacionalista para no desfallecer y perder la fe en los grandes destinos del país. La labor es de reconstrucción sobre la base histórica y de elevación al nivel de Europa. Si el Renacimiento no influyó en España, en sentir de un ilustre profesor, y esto retrasó su evolución, quedando como paralizada su vida espiritual, es preciso avanzar y asimilarnos al alma de la civilización moderna. ¿Y qué es esto, como decía antes, sino problema de cultura? Es, pues, la política pedagógica la primera y fundamenta]

orientación. Es, pues, nuestro primer deber formar el carácter nacional por medio de la educación. ¿Y cuántas luchas no surgen aquí, cuántos problemas no se presentan al tratar de la escuela confesional, laica y neutra?

Formado el carácter nacional ó en vías de formación, es preciso dar al país una Constitución política más amplia, en armonía con la amplitud del espíritu moderno, y por lo pronto, evitar esa terrible corruptela de la suspensión de garantías, que mata la vida ciudadana.

Hay que ir derechos á la realización de una política que resuelva de una vez para siempre el problema religioso, dejando á la religión su esfera en la conciencia, y al Estado su plena soberanía.

Hay que realizar una política social orgánica y vigorosa para mejorar la condición del obrero de la ciudad y del campo, tan olvidado por el Estado, y atacar de frente el pavoroso problema de las clases medias, nervio de nuestra sociedad. Es cierto que el grupo que podemos calificar de estadistas ha hecho mucho en este sentido; pero hay que insistir, é infiltrar en nuestra legislación individualista el sentido social de la época.

Y enlazada con esto, una política económica, que ataque directamente y con energía al capitalista ocioso y al acumulador de riquezas, oprobio de nuestros tiempos; que esgrima el impuesto como arma niveladora, y que dé al trabajo mayor participación en la renta. (Inglaterra)

Hay que hacer una política militar, no militarista, robusteciendo, mejorando el ejército, y haciéndolo instrumento santo de la patria.

Y no hay que olvidar la política exterior; porque si es un hecho dentro de las naciones la solidaridad social, también lo es la solidaridad internacional en la vida mundial. Y esta política colonial, sabiamente dirigida, tal vez sea la garantía de nuestra personalidad en el porvenir.

Hay que luchar por el Derecho, que es todo esto en todos los terrenos, pues la lucha por el Derecho, ha dicho Ihering, es la poesía del carácter. Hay que luchar también por emancipar la conciencia, por traer al Derecho privado las soluciones que la ciencia humanitaria y socialista por boca de los grandes jurisconsultos alemanes é italianos preconiza, y dar vida á la democracia social, de tal modo que todos intervengan realmente en los negocios públicos. Sea la ley, órgano de la cultura y el progreso, dictada por la opinión, y la vida nacional, obra de la actividad social, no de una clase que dirija y gobierne; que la ley sea el pensamiento social de la especie, el cauce de las grandes actividades de la mente, de la riqueza y del trabajo: de lo contrario, son de temer todas las reivindicaciones de la violencia, pues lo que la justicia no otorga, la violencia lo instituye. Recordad las palabras de Miguel Kholes en la novela de Kleist: cuando hasta el soberano le cierra todo camino legal, él exclama: "¡Más vale ser perro que ser hombre y verse pisoteado! ¡El que me niega la protección de las leyes, me detiene entre los salvajes del desierto y pone en mis manos la maza con que debo defenderme!"

Esto, esto es lo que hay que evitar con una política de ideales, noblezas y abnegaciones. Tengamos siempre en la mente y sea motivo de nuestra voluntad la profunda frase de un jurisconsulto alemán: "Para ser fecunda toda ley del Imperio ha de estar unguida con una gota del óleo social." (*Grandes aplausos.*)

El Sr. Escuder: He de empezar felicitando al Sr Rivera Pastor por su brillante, bien pensada y bien escrita Memoria, y al Sr. Presidente, por el elocuente discurso que acaba de pronunciar. Pero á las palabras de éste tengo que hacer alguna objeción. En todo su discurso no se ha dirigido más que á la juventud, como si los que ya tenemos canas hubiésemos renunciado á la existencia ó se nos diese la licencia absoluta en la vida pública española, negándonos el derecho que todavía tenemos á intervenir en todo lo que afecta á ella.

Yo quisiera decir al Sr. Dubois que esta juventud por sí sola no es probable que haga renacer con nuevos bríos la raza española; pero, sobre todo, deseo saber si los que hemos pasado de la juventud vamos á ser totalmente licenciados de la actuación política española y privados de hablar con la experiencia de los años y de contribuir en la medida de nuestras fuerzas á realizar todas las aspiraciones nobles y elevadas que en la Memoria se contienen.

Por consiguiente, suplico al Sr. Presidente que modere sus juveniles ardores, pues creo que por un exceso de celo ha dejado desbordarse su espléndida juventud, olvidando que somos muchos los que, á pesar de que los años nos atropellan, no hemos renunciado á la vida ni á la lucha, y tenemos igual derecho que la juventud para intervenir en esa actuación y encauzar la marcha del país, con los medios que la experiencia nos da, por la ruta más conveniente.

El Sr. Presidente (Dubois): Ante todo doy las gracias al Sr. Escuder por las amables frases que me ha dirigido. Al referirme á la juventud he querido decir principios nuevos, espíritus que van en busca del ideal. ¿S. S acaba de decir que lucha, que tiene alientos y sed de reformas y de justicia? Su señoría es joven como nosotros. (*Muy bien.*)

Segunda sesión.—Día 10 Abril 1913.

El Sr. Presidente (Dubois): Ha sido inevitable algún retraso en el comienzo de esta sesión, porque nos hemos encontrado con que algunos oradores que iban á tomar parte en el debate no han podido venir á causa de ocupaciones ineludibles.

El autor de la Memoria no ha querido invitar á más oradores de la izquierda, porque esperaba que las conclusiones formuladas, con las cuales en general estarán conformes, habían de levantar cierta tempe-

tad de oposición en los señores de la derecha y que éstos habían de apresurarse á tomar parte en la discusión.

No estando presentes los que tenían anunciado su propósito de intervenir en el debate, invito á todos los que miran con interés estas cuestiones á que expongan su opinión y comience sobre esta Memoria una discusión que seguramente ha de alcanzar grandes vuelos. Invito concretamente al Sr. Milego, al Sr. González Blanco y al Sr. Ovejero á que tomen parte en la contienda.

El Sr. González Blanco: Por hoy, no.

El Sr. Ovejero manifestó que la cortesía le obligaba á deferir al requerimiento de la presidencia; pero únicamente para expresar su extrañeza por el silencio que guardaban los señores ateneístas ante una Memoria como la del Sr. Rivera Pastor, que, á su juicio, plantea en términos categóricos y definitivos el problema actual de la política española. Añadió que todavía se explicaba el silencio de los elementos de la izquierda que no habían de tener prisa por intervenir en la discusión, ya que esencialmente habían de mostrarse conformes con el contenido de la Memoria; pero que no comprendía la abstención de los elementos de la derecha, á cuyas doctrinas se asesta rudo golpe.

Aludió personalmente á los Sres. González Blanco, Gay y Elorrieta y terminó tributando elogios y plácemes al Sr. Rivera Pastor, y reservándose para intervenir ampliamente en la discusión cuando en ella tercien los que á su juicio deben hacerlo en primer término.

El Sr. González Blanco (D. Andrés): Agradezco sobremanera la alusión que me ha dirigido el Sr. Ovejero, por la consideración que supone; pero realmente no puedo recogerla, porque sería tanto como recoger algo que no es mío, algo que corresponde á aquel otro señor á quien después el Sr. Ovejero dirigió también sus certeros tiros al Sr. Gay; sin que el haber estado yo sentado fortuitamente junto á este señor signifique que tenga concatenación alguna con el nuevo liberalismo. Porque yo no deseo (como el Sr. Ovejero) compañeros de banco y no de principios, sino solamente de principios.

Por mi parte, después de oír el admirable discurso del Sr. Ovejero he de decir que casi todo él lo suscribo en absoluto. Vea, pues, á cuán gran distancia estoy de los mantenedores del nuevo liberalismo, sin que esto implique animadversión ni antipatía hacia ellos.

Por lo demás, yo bien sé que de la juventud intelectual española hace tiempo que se viene suponiendo que su silencio obedece al ambicioso deseo de ponerse en condiciones de obtener el acta de diputado, cuando precisamente ese silencio de la juventud intelectual es la más delicada negativa á todo lo que pueda significar impulso hacia altos puestos políticos. Y me ha asombrado mucho que refiriéndose á nosotros se haya dicho alguna vez que "al buen callar llaman Sancho", cuando nosotros

al buen callar lo hemos llamado siempre Quijote, porque hemos callado precisamente á causa de esos sentimientos de delicadeza, de esa actitud noble y sincera de retraimiento.

Repito que estoy conforme con los principios expuestos por el señor Ovejero, y considero la Memoria del Sr. Rivera Pastor por todos conceptos admirable, mereciéndome su autor gran respeto, aunque no tanto (y esto no puede molestarle en modo alguno) como el que me merece una altísima personalidad que flota en el ambiente de esta discusión y que en mi opinión, como político, es el más venerable, el más puro, el integérrimo de los que han actuado recientemente en la política española; el doctor Simarro, sólo comparable al hoy pobre anciano, muchas veces vilipendiado y escarnecido, al soberano artista D. Benito Pérez Galdós. (*Aprobación.*)

El doctor Simarro fué quien después de los sucesos trágicos de 1909 determinó en mí (y tomo esta actitud personal como unidad de medida para muchos) la impulsión que me ha llevado del centro á la izquierda: porque es evidente que él, planteando admirablemente el problema español en su hermoso libro sobre "El proceso Ferrer", nos ha decidido á los que no éramos políticos á actuar en determinado sentido. Y uno de los agravios que yo tengo con el nuevo liberalismo es haber zaherido al Sr. Simarro.

Creo haber dicho lo bastante para que el Sr. Ovejero, á quien tributo toda mi consideración y elogio por su elocuencia y su sabiduría, si vuelve á aludirme, honrándome con ello, pueda hacerlo con conocimiento de causa, considerándome, no como un adversario sino como un amigo.

El Sr. Gay: No voy á pronunciar ahora un discurso, porque la hora es avanzada y porque en estas cuestiones debe hablarse con mayor preparación, trayendo acumulados los datos concretos que hayan de servir de base á las afirmaciones que se sustenten. Por consiguiente, sólo voy á hacer ligerísimas consideraciones, pues no puedo pasar porque ni aquí ni fuera de aquí se me considere arbitrariamente clasificado y que por el hecho de colocarse uno en determinado lugar de un salón se le ponga la etiqueta de derechista ó izquierdista cuando se trata de apreciar algo que está en honduras espirituales, en cuerpos de doctrina, en cosas que no pueden manifestarse por el sitio que se ocupe en un salón. Si se me pregunta si soy derechista ó izquierdista, contestaré: escuchadme, y calificadme después; pero no tratéis de ponerme la etiqueta por anticipado (*Aplausos.*)

El Sr. Ovejero ha tenido que repentizar, y esto, si me permitís lo vulgar de la frase, le ha obligado á meterse con unos y con otros, siempre con la cortesía en él habitual. Todas sus insinuaciones y alusiones al partido liberal, al Sr. González Blanco, á otros ateneístas y á mí no son más que expresión de un hombre inteligente y bondadoso, que ha

tomado á su cargo traer á colación la opinión de algunos ateneistas. Por mi parte agradezco al Sr. Ovejero su alusión y cuanto ha dicho sobre el silencio de ciertos elementos nuevos de quienes suponía que estábamos esperando la llegada de un acta y del último libro.

Si hubiera de ser del todo franco, diría que aquí el último libro se ha manifestado en la Memoria del Sr. Rivera Pastor; porque esa Memoria—permítame el Sr. Rivera que se lo diga con todo género de respetos á su persona y con alabanza del esfuerzo que representa—no es más que literatura imaginaria. (*Aplausos en una parte del salón y protestas en otra.*) Si; porque habiendo tropezado el Sr. Rivera con el último libro sobre los *Orígenes de la economía social*, del profesor Carlos Bücher, de la Universidad de Leipzig, que contiene una condenación de los latifundios en términos muy radicales y sabiendo que el latifundio es una formación histórica que tiene realidad España, le ha parecido bien tomar esa condenación y aplicarla al latifundio español. Pero yo le digo á S. S. que eso es hacer política puramente literaria. El Sr. Rivera, que conoce el alemán, sabe que cuando los alemanes quieren calificar una cosa de fantasmagórica dicen que es una cosa *auf den Kopf gestellt* (puesta sobre la cabeza). Pues todas las afirmaciones que corresponden puramente á la literatura libresca y se aplican sin saber si pueden fundadamente adaptarse á la realidad de que se trata, son puramente imaginarias; y esto sucede con la Memoria del Sr. Rivera, porque no nos da las características diferenciales del latifundio español con el latifundio alemán y con el latifundio ruso. (*Aplausos.*)

Clamar como se ha clamado en España contra el latifundio, de una manera romántica, hablar contra las grandes concentraciones de la propiedad, atrae sin duda las simpatías de los elementos proletarios y el aplauso de las muchedumbres electorales; y esto no lo digo por el señor Rivera, sino por otros que se han pasado largos años hablando contra el latifundio en España, en el supuesto de que le eran aplicables los mismos argumentos usuales contra el latifundio de otros países, y no han tenido nunca la visión directa de lo que es el latifundio español, ni han sabido distinguir el latifundio de Andalucía del de Rusia. (El **señor Jaén**: Marvaud, capítulo XV.) No comprendo el sentido de esa interrupción. Si con ella quiere significarse que copio en esto á Marvaud, debo decir que no recuerdo en este momento lo que sobre el particular haya dicho ese economista francés; pero, en todo caso, la coincidencia con él me honraría. Y en último término, no vengo aquí con la inaudita pretensión que tiene S. S. de ser original en todo: me bastaría conocer ese libro de Marvaud y entender que decía verdad, para traerlo aquí, comentarlo y defenderlo. (*Aplausos.*)

Hacia esa distinción, porque incluso entre los discípulos de Kropotkin ha habido una esoisión, y algunos no han estado conformes en con

denar el sistema capitalista agrario, precisamente por el ejemplo que ofrecian los latifundios de algún país.

Porque, señores, hay una clase de latifundio que concentra en una mano grandes propiedades, que expulsa de ellas á la población, que no hace progresar la técnica agrícola y que favorece á una aristocracia absentista. Pero hay otro latifundio, de formación histórica, genuinamente española, como es, por ejemplo, el de los Miuras en Andalucía, que más bien puede compararse con el patriarcalismo económico de la antigüedad.

El Sr. Rivera: Es lo que yo digo del bizantinismo de España.

El Sr. Gay: Eso no es bizantinismo; porque lo que es bueno y es producción histórica de España no debe ser rechazado por la única razón de que no haya sido engendro de la Revolución francesa. (*Aplausos.*) ¿No sabe S. S. que hemos estado clamando contra muchas cosas de la Revolución francesa, precisamente en nombre de las libertades modernas? El mismo centralismo de que se habla en la Memoria, que ha desgarrado los cuerpos vivos regionales, ¿no sabe S. S. que fué obra de la Revolución francesa, y que hemos tenido que reaccionar en contra suya? (*Aplausos.*)

No; eso no es bizantinismo, porque en esos latifundios de Andalucía que he citado lo que pasa es que el dueño hace progresar la técnica agrícola; que conoce por sus nombres, apellidos y apodos á todos los que en sus tierras trabajan; que el dueño del latifundio vive en verdadera comunidad espiritual con el colono, porque es él quien le casa, quien le proporciona el hogar y todos los medios de vida y quien le apoya constantemente, de lo cual resulta que ese labrador está en una situación mucho más desahogada, más segura y más próspera que los que son víctimas de los foros en Galicia ó los que se encuentran bajo la deplorable acción del sistema de arrendamiento en el resto de España.

Cualquiera que llegue á la provincia de Valencia—por ejemplo, á la llanada de Játiba,— ante el espectáculo de aquella espléndida Naturaleza juzgando las cosas superficialmente, creará que aquella tierra ubérrima proporciona bienes sin cuento á los labradores, porque allí no hay latifundios, todas son pequeñas propiedades. Pues bien; allí rige el sistema de arrendamientos, cuya renta va aumentando de día en día á medida que el labrador consigue aumentar el valor productivo de la finca merced á sus esfuerzos, y podéis creer que aquel labrador está enormemente peoi que el que vive en esos latifundios que tanto soliviantan al Sr. Rivera Pastor. (*Muy bien.*)

Ha tocado el Sr. Ovejero dos temas: el neo-liberalismo y el nacionalismo. Es muy tarde, y he de aplazar para otra sesión el hablar de ello, como el desarrollo de las ligeras ideas antes apuntadas; pero hoy al menos he de sentar una afirmación capital: que toda esa decadencia española de que habláis no corresponde á la realidad, y frente á la frase del señor

Dubois, que decía que el Sr. Rivera ha traído á la sala de disección el cadáver de España y en él ha hundido su escalpelo, yo diré que el señor Rivera ha traído un cadáver retórico; porque España no es cadáver; porque si España ha sufrido gran decadencia, renace y mejora extraordinariamente, como lo demostraré con datos estadísticos. (*Muy bien en una parte del salón; protestas en otra* **El Sr. Rivera Pastor:** ¡Eso sí que es retórica!) Está bien, Sr. Rivera: en la próxima reunión lo discutiremos. Quedamos en que el Sr. Rivera habla de un cadáver, y yo hablo de un cuerpo vivo; que él habla de una decadencia, y yo, de un resurgimiento; que él habla puramente como retórico, y yo traigo como fundamento de mis afirmaciones los datos de la realidad y de los hechos. Hasta la próxima sesión, Sr. Rivera. (*Aplausos.*)

El Sr. Presidente levanta la sesión.

El taquígrafo trabaja con todas sus potencias y sentidos: descompone cada palabra en sus sonidos elementales; traza los signos correspondientes; divide la atención entre lo que oye, lo que escribe y lo que luego traducirá; reproduce todo lo que ha oído; lo que no ha oído, lo adivina; lo que no puede adivinar, lo suple; y en la aparente sencillez de su tarca vibra todo su ser, porque para ejecutarla debidamente en la fase analítica que realiza á presencia del que perora necesita agudeza sensitiva, viveza de imaginación, percepción clara de la idea, memoria repentina de los signos, expedición material. Luego, en la redacción, delante de las cuartillas cifradas, además de esas cualidades le hacen falta otras muchas de un orden muy superior, y que son las que le dan verdadera capacidad para su oficio, á fin de llevar á cabo con discreción y acierto la labor sintética mediante la cual reconstruye el texto reproducido. Y los oradores parlamentarios suelen hablar muy deprisa: y cada signo tiene multitud de posibles traducciones; y uno habla de asuntos políticos; otro, de cuestiones económicas; éste, de materias relativas á la industria; aquél, de problemas marítimos ó militares; el de más allá se engolfa en todo género de divagaciones. Fuera del Parlamento hay que escribir lecciones de Metafísica, de Química, de Medicina; y cada ciencia tiene su idioma especial, que no es posible desconocer en absoluto, so pena de fracasar; y se hacen citas en latin, en francés, en inglés; y se pronuncian palabras de diversas lenguas. Los oradores, en general, no dan el discurso hecho, sino los elementos para hacerlo, y el taquígrafo labora activamente con ellos: resume lo que es difuso, aclara y amplifica lo que es oscuro y compendioso, da brillo á la imagen que salió muy deslucida, rectifica un error técnico, completa la frase que quedó sin concluir, sustituye adverbios y adjetivos por otros más adecuados: limpia, fija y da esplendor.

E. GARCÍA BOTE.

(*De Re tachygraphica.*)

Mecanismo psicológico de la Taquigrafía

Del libro *Gammes stenographiques*, por J. B. ESTOUP, Taquígrafo de la Cámara de Diputados de Francia. Traducido por RICARDO CABALLERO, taquígrafo del Congreso español.

El aprendizaje de la Taquigrafía comprende tres grados bien definidos: en primer término, el estudio teórico del sistema; en segundo lugar, la adquisición de la velocidad, y por último, la práctica de la profesión.

El primero y el último de estos grados han sido tratados muy ampliamente: uno de ellos, de una manera insuficiente, en mi sentir, desde el punto de vista científico, por la innumerable falange de autores de diversos sistemas; el otro por gran número de profesionales muy experimentados. Pero sobre el segundo, concerniente al método para la adquisición de la velocidad, los autores se han mostrado mucho menos prolijos; se han limitado en suma á vagas, y por lo general ineficaces exhortaciones al trabajo. Muchos parecen haber saltado por encima de este obstáculo, y algunos ni siquiera lo han visto.

Sin embargo, este obstáculo existe, y no es menester haber ido muy lejos en el estudio de la Taquigrafía para advertir que es considerable. La mayor parte de los que emprenden este estudio estiman tan magna esa dificultad, que después de algunos esfuerzos infructuosos pierden toda esperanza y renuncian á la lucha. Si la enseñanza de la Taquigrafía, bastante difundida desde hace algunos años, no ha dado hasta ahora muy brillantes resultados prácticos, es precisamente por la desilusión que se apodera del alumno cuando ha franqueado el primer grado de su estudio.

Pero sería inútil haber notado y señalado la dificultad si nos limitáramos á lamentar su existencia y no nos esforzásemos en buscar el medio de vencerla. Este medio debe consistir, á mi juicio, en la determinación de un método sistemático, reglamentando de una manera concreta y precisa una serie de ejercicios susceptibles de conducir progresiva y seguramente al fin perseguido. Estableceremos este método inspirándonos en el gran principio director de la Pedagogía moderna; es decir, tomando por base el conocimiento de las leyes del espíritu humano y la observación psicológica del mecanismo de la Taquigrafía.

¿Por qué mecanismo psicológico pasa el taquígrafo de la audición de lenguaje á la ejecución de los movimientos gráficos que sirven para fijar los con la rapidez necesaria?

Las imágenes visuales y motrices.—Después de haber percibido y comprendido la sensación auditiva el taquígrafo debe construir desde luego mentalmente una representación interior clara y completa de la forma que ha de trazar; es decir, concebir una *imagen visual* del signo. Pero esta imagen sola carecería de eficacia para mover los músculos del brazo y de la mano que deben intervenir en la ejecución del trazado: es menester además que la conciencia determine qué grupos de músculos deben ponerse en juego y qué cantidad de esfuerzo es necesario enviar á cada uno de ellos para producir un movimiento preciso; es decir que el taquígrafo debe adquirir una *imagen motriz* para cada signo.

De la perfección de estas imágenes visuales y motrices depende la habilidad de la mano, que en parte es natural, pero que también se adquiere con un ejercicio apropiado y suficiente. El recuerdo pronto y seguro de estas imágenes es lo que más importa en la obra del taquígrafo, porque la sola representación de un movimiento tiende á realizarlo. "Es ya un movimiento que comienza", ha dicho Th. Ribot.

El esfuerzo muscular.—Desde luego, el esfuerzo muscular exigido por la escritura estenográfica es poca cosa. Los experimentos hechos á este propósito demuestran que el movimiento de la mano del taquígrafo escribiendo á la velocidad de 180 palabras por minuto es menos rápido que el del escribiente que traza 30 palabras por minuto en escritura ordinaria. De las observaciones hechas resulta además que en esa misma velocidad de 180 palabras por minuto el tiempo total invertido en levantar la pluma es casi igual al empleado en apoyarla sobre el papel; es decir, del trazado mismo de los signos. Como es imposible admitir que por sí misma una elevación de la pluma exija más tiempo que el trazado de un signo compuesto de varios elementos, es forzoso deducir que la elevación de la pluma corresponde á un trabajo positivo, aunque no deje rasgo sobre el papel. En efecto; mientras la pluma está elevada se realiza el trabajo mental mediante el cual el taquígrafo imagina y combina el movimiento que va á ejecutar.

El taquígrafo no es, pues, una especie de prestidigitador capaz de imprimir á su lápiz un movimiento de rapidez prodigiosa; no es tampoco, como se ha llegado á creer, un hombre que escribe velozmente; es un hombre que percibe pronto, que comprende rápidamente, que imagina y que asocia deprisa.

La estenografía no es, pues un mero trabajo mecánico de la mano,

como la palabra no es un mero esfuerzo de la laringe. Cuando después de un prolongado trabajo el taquígrafo se cansa en esta fatiga el elemento fisiológico no representa nada; el elemento psicológico lo es todo.

Ley de la asociación de las ideas. — Toda la dificultad del acto de la estenografía consiste en la rápida formación de las imágenes visuales y motrices. Esta formación exige esfuerzos de memoria, combinaciones, y frecuentemente verdaderas invenciones, que al principio hacen el acto muy complejo, muy penoso; y cuando un acto se efectúa penosamente tiene que realizarse con lentitud.

Por fortuna, este trabajo original de memoria y de combinación no es preciso más que al principio. Pronto desaparece en gran parte, gracias á la propiedad que tienen nuestros pensamientos de evocarse mutuamente cuando están contiguos en la conciencia, gracias á la misteriosa fuerza de imantación que tienen unos sobre otros; es decir, gracias á la asociación de las ideas.

Al principio, cuando aprendí la Taquigrafía, unía en mi conciencia á la percepción auditiva de una palabra una imagen visual y una imagen motriz, desde luego construidas laboriosamente. Con la repetición continuada, estos elementos se llamaron los unos á los otros. Cuando oí una palabra sin tener que hacer ningún esfuerzo de reflexión, de combinación, y aun de memoria, el signo surgió en mi espíritu en imagen visual. Ésta evoca del mismo modo la imagen motriz. Poco á poco siendo el acto suficientemente repetido, no será necesaria la imagen visual para evocar la imagen motriz, que se evocará sin ningún intermediario como consecuencia de la sensación auditiva. Diré entonces que tengo el signo *en los dedos*.

El hábito. — Tal es la *ley del hábito*. Pero gracias al hábito el acto no sólo ha ganado en prontitud y en facilidad, sino también en perfección. Al principio, á pesar de toda mi buena voluntad, mis signos eran imperfectos, groseros, vacilantes; poco á poco, á fuerza de repetirlos he comenzado á hacerlos mejor: el progreso se ha acentuado, y ahora la ejecución es perfecta, segura, sin error.

Otra ventaja del hábito es hacer inútil toda intervención de la atención y de la voluntad. Al principio la atención tiene que ejercer una vigilancia constante; está por entero ocupada en la formación de los signos, ahora puedo dispensarla de este trabajo absorbente. El acto habitual es casi inconsciente; parece que se hace fuera de nosotros, aun sin que la atención intervenga, y cuando interviene es más bien causa de estorbo y perturbación. Lo que pasaba antes en plena luz de la conciencia cae cada vez más en sus regiones oscuras.

El automatismo. — Cuando un movimiento ha llegado á este punto se dice que es *automático*. El trabajo de transformación de las sensaciones auditivas del lenguaje en imágenes motrices gráficas no es consciente

sino en cuanto es necesario que lo sea. Á medida que la conciencia se hace inútil va desapareciendo, y el automatismo surge. Cuando este automatismo es perfecto la imagen motriz se determina de una manera inmediata por la sensación auditiva, que actúa á la manera de un resorte.

Por otra parte, el automatismo es condición necesaria del trabajo taquígráfico, porque el taquígrafo tiene otra cosa que hacer que vigilar la formación de los signos. Ante todo debe escuchar al orador, apresurarse á adquirir de la palabra oída un conocimiento claro y preciso, seguir en sus menores detalles un pensamiento que le es tanto más extraño, cuanto que con frecuencia es por completo nueva para él la materia sobre que versa. Esta obra exige un esfuerzo considerable continuo, sin tregua, poniendo en juego las facultades más delicadas. En efecto; no se comprendé el conocimiento expresado por otro sino á condición de rehacer por propia cuenta las mismas operaciones que han servido para su producción en el espíritu de su autor. El taquígrafo debe, pues, á continuación del orador juzgar, abstraer, comprobar, generalizar, analizar, deducir, etc.; operaciones todas ellas de las más complicadas y difíciles del espíritu.

Así, la personalidad del taquígrafo tiene que desdoblarse en cierto modo. Es preciso que obren en él conjuntamente una inteligencia que razone para asimilarse rápidamente un pensamiento en sus menores detalles, y por debajo un autómeta que escriba. Haciendo desaparecer completamente de la conciencia el trabajo de la escritura, el automatismo nos permite fijar la atención en el objeto del discurso en la marcha general de la discusión, en las interrupciones, en los movimientos de la Asamblea, y nos permite oír, ver y comprender; operaciones originales y difíciles para las cuales el espíritu no tiene nunca demasiada libertad.

La ley del automatismo tiene, pues, para nosotros importancia capital. El automatismo completo de la escritura es un ideal que nunca se logra; pero un automatismo parcial es una necesidad absoluta en cualquier grado de velocidad en que quiera detenerse el aprendizaje. Sin automatismo no hay taquígrafo posible en ningún grado. La importancia de esta ley es tan grande, que no vacilo en afirmar que la pedagogía de la Taquígrafía debe consistir casi exclusivamente en la determinación de los medios de adquirir este automatismo.

Evolución del aprendizaje.—En resumen, el acto estenográfico es una síntesis de operaciones diversas. Esta síntesis se realiza difícil y lentamente, porque son muchos los elementos que la componen. La rapidez del movimiento se obtiene por la eliminación del mayor número posible de esos elementos.

La evolución del aprendizaje se efectúa pasando por tres principales fases sucesivas en que los elementos intelectuales son cada vez menos.

En la primera fase esta síntesis puede descomponerse así.

Reflexiones acerca de la oratoria

POR JOSÉ ALISEDO

(Continuación.)

Verdad es que la elocuencia excita las pasiones y de ellas saca partido; pero ha de ser conforme á las severas leyes de la moral, y el orador que consagra sus talentos á una mala causa prostituye los dones brillantes de que le colmó el Cielo, y él es quien merece completa condenación.

He dicho que la oratoria persigue la elocuencia *principalmente* por medio de la palabra; y con ello quiero significar que no sólo en la palabra hay elocuencia. Puede haberla también en el ademán, en el gesto, y á veces hasta en el silencio y la inmovilidad; porque hay en ocasiones afectos que la imaginación alcanza que el corazón puede medir por sus propios latidos, pero que la lengua no puede expresar.

El anciano y virtuoso Flavio corre á Roma á implorar favor para los habitantes de Antioquía; llega á la presencia del Emperador; no encuentra palabras; cae de hinojos; hunde la cabeza en el pecho, sacudido por la violencia del sollozo, é inmóvil y silencioso riega la tierra con sus lágrimas. El Emperador se conmueve y perdona. He aquí la elocuencia del silencio.

El guerrero acusado de un delito se esfuerza en vano en su defensa: ofúscase, se turba; pero en el momento más solemne rasga sus vestidos y muestra el pecho lleno de cicatrices, haciendo brotar en todos, no una convicción, pero sí un sentimiento que los impulsa á pensar que quien dió su sangre por la patria es incapaz de atropellar las leyes del deber.

Pero, aparte todos esos efectos circunstanciales, y en todo caso auxiliares del orador, claro es que la oratoria se vale de la palabra; y no sólo constituye un arte de gran dificultad en sí mismo, sino que requiere como ayuda, ó al menos como preparación, multitud de conocimientos. Los pide á casi todas las ciencias, siéndole más ó menos precisos unos ú otros según el género de oratoria y las condiciones del público. Por eso dijo Cicerón: *in omnibus disciplinis et artibus debet esse instructus orator.*

(Continuará.)

Imprenta de Juan Pueyo, Mesonero Romanos, 34.—Madrid.

LA PALABRA

REVISTA QUINCENAL TAQUIGRÁFICA DE CONFERENCIAS

DIRECTOR: D. JOSÉ ALISEDO

Dirección y Administración: AUGUSTO FIGUEROA, 31 y 33.

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACIÓN

El precio de cada número suelto variará según las páginas que contenga.

Precio de este número: UNA PESETA

PRECIOS POR SUSCRICION

| | | | | |
|-------------------|--------|------------|------------|---------------|
| Trimestre..... | España | 6 pesetas. | Extranjero | 9,00 pesetas. |
| Semestre. | — | 10 — | — | 15,00 — |
| Año..... | — | 16 — | — | 22,00 — |

Los suscritores tendrán además derecho á que se les sirvan los números extraordinarios que publique esta Revista, abonando sólo el 75 por 100 de su importe.

Esta Revista pone competente personal taquigráfico á disposición de los oradores que deseen copia textual de sus discursos, los cuales podrán ser publicados en números ordinarios ó extraordinarios.

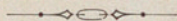
CURSO COMPLETO
DE
ESTENOGRAFÍA ESTATIGRÁFICA

(SISTEMA DE TAQUIGRAFIA MARTINIANA)

POR

EDUARDO GARCIA BOTE

TAQUÍGRAFO DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS



¿Quién que sea orador ó haya presenciado alguna vez apasionados debates en una Cámara legislativa no habrá sentido curiosidad por saber qué arte mágica emplean los taquígrafos para reproducir exactamente un discurso, sea cualquiera la velocidad con que se haya pronunciado? Es un admirable mecanismo, tan sencillo como todas las cosas que maravillan á los indoctos. Arma de combate para quien tiene que batallar por la vida, elegante ornamento para los hombres ilustrados, útil en alto grado para escolares, oradores, escritores y periodistas de todas las jerarquias, y valiosísimo elemento para los bibliófilos y eruditos que revuelven las bibliotecas escudriñando los monumentos de la cultura histórica, tiene en los Parlamentos su más culminante aplicacion, pero presta señaladísimos servicios en todos los órdenes de la vida. Es superior á la escritura ordinaria, en cuanto es una escritura *abreviada* que reduce considerablemente *tiempo y esfuerzo* en los trabajos literarios.

En la obra *Estenografia estatigráfica* del Sr. García Bote se explica con pasmosa sencillez, que pone al alcance de todo el mundo este asombroso medio de reproducción gráfica de los propios y de los ajenos pensamientos.

PRIMERA PARTE: 4 PESETAS ✧ EN PRENSA: SEGUNDA PARTE